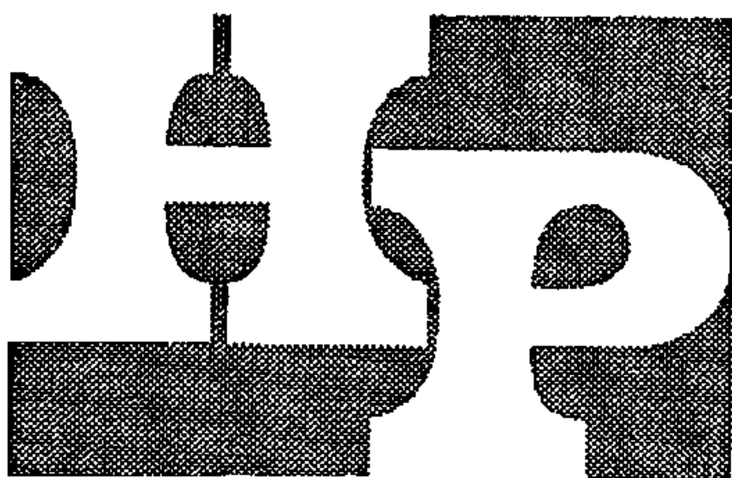


Silver Kane

LA ESPOSA DEL DIABLO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA ESPOSA DEL DIABLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 211
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

DITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B. 44.545 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre recibió el plomo en mitad de la frente, abrió los brazos y cayó hacia atrás mientras lanzaba un alarido.

Después de dar varias vueltas de campana sobre las rocas cayó a los pies de Nat Forbes, quien sólo tuvo que inclinarse un poco para comprobar que la bala había entrado exactamente entre los dos ojos.

—Un disparo insuperable —silabeó alguien junto a él.

Forbes lo miró. Era uno de los jóvenes rurales que estaban poniendo sitio a la casa. Varios habían caído ya, pero aún quedaban más de una docena. Forbes gruñó:

—¡Condenado marrano…!

—No se va a ganar nada maldiciendo —dijo el rural—. A Pat Merlin hay que cazarle a tiros, no con palabras. Está sitiado ahí desde hace dos horas y no ha hecho más que matar hombres sin que nosotros le hayamos herido tan siquiera.

—¡Si tuviera el ascenso tan seguro como su muerte…! —rió Forbes con una risa agria.

—Puede que no caiga. Hace dos meses, cerca de Wichita, escapó de un cerco peor que éste todavía.

Como una elocuente respuesta a aquellas palabras, otro de los rurales, que cambiaba de situación para tirotear mejor la casa, dio un traspié y cayó también sobre las rocas con la frente atravesada.

Nat Forbes susurró:

—Nunca le sacaremos de ahí a menos que logremos incendiar el techo de la casa.

—Pero está demasiado lejos para lanzar una antorcha.

—No importa; nos acercaremos.

Desde su refugio tras el parapeto rocoso, Nat Forbes, capitán de

los rurales de Texas, contempló la cima de la colina sobre la que estaba enclavada la casa. Una casa de piedra con tejado de troncos y dos ventanas, una a cada lado desde las que partían los disparos con una eficacia mortal. Parecía increíble que un solo hombre acorralado pudiera tener tal capacidad de fuego y tal rapidez para ir de una ventana a otra, disparando como si fueran dos los tiradores en lugar de uno solo.

Dieciséis rurales de Texas, todos ellos hombres entrenados, habían puesto cerco a la casa, acorralando allí a Pat Merlin, el fanático pistolero sudista. Pero cinco de ellos ya estaban muertos y sólo once continuaban la lucha. Desde su observatorio, Nat Forbes los miró. Cuatro o cinco más caerían para siempre si aquella lucha continuaba demasiado tiempo.

Pero ahora los hombres estaban bien situados y podían avanzar cómodamente por los dos lados de la casa en los que no había ventanas. Forbes hizo una seña. Dos rurales por cada lado se despegaron de sus refugios para ir a pegarse a los costados de la casa. Una pareja vigiló la parte delantera; otra la posterior.

Cuando el rifle de Pat Merlin apareció por una de las ventanas, los dos rurales que la vigilaban dispararon a la vez.

El rifle pareció encabritarse con un chasquido de madera y metal rotos. Los brazos de Pat Merlin aparecieron entonces, como intentando retenerlo, y desde todas sus posiciones los rurales dispararon contra la ventana.

Los brazos de Pat Merlin desaparecieron.

Nat Forbes llegó corriendo en zigzag hasta una de las esquinas de la casa, parapetándose allí.

—Estoy seguro de que le hemos dado —musitó uno de los rurales—. Dos balazos por lo menos. Le será muy difícil defenderse ahora.

Forbes gritó:

—¡Atacad!

Tres hombres se lanzaron al asalto disparando como locos. A través de la ventana crepitó un revólver. Dos de los hombres cayeron atravesados y el tercero tuvo que lanzarse a tierra.

—Quiere darnos trabajo hasta el final —gruñó Forbes—. Ese condenado Pat Merlin, uno de los peores pistoleros de Texas.

—Pero tiene que estar herido.

—¿Y qué? Si no se desangra podrá aguantar días enteros y convertir esto en una pesadilla. Debe tener víveres y agua. Hemos de acribillarle o el cerco no terminará nunca.

—En cuanto le mate será usted ascendido, capitán —dijo el rural que estaba con Forbes en la esquina de la casa.

—Por eso tengo tanta prisa. Y porque así acabaremos con el peor pistolero de Texas.

—Hay otros tan peligrosos como Merlin.

—Pero éste, además, es un cochino sudista.

El rural calló. Sabía que Forbes llamaba cochinos por igual a los del Norte y a los del Sur. Para Forbes eran cochinos todos los que se ponían delante de su revólver. Lo único que le preocupaba era colgar a muchos hombres para así poder ascender más rápidamente y convertirse en el capitán de rurales más temido de Texas.

Terminar con Pat Merlin, pistolero y fanático del Sur, significaría para Forbes la culminación de su carrera.

Pero terminar con Merlin no parecía fácil. Merlin era astuto, cruel y parecía estar tallado de la misma madera de Forbes. Todos sabían que aquél era un duelo a muerte en el que sin duda Merlin caería, pero en el que quizá la mayor parte le acompañasen hasta el infierno.

De repente Forbes se dio cuenta de que el fuego de su enemigo era menos intenso.

Tuvo una idea.

Merlin estaba herido y aceptaría rendirse si le ofrecían alguna seguridad. A Forbes esto no le iba a resultar muy difícil, pues sabía mentir bien. Hizo una seña para que sus hombres cesasen en el fuego y gritó:

—¡Estás herido, Merlin, y no tienes ninguna posibilidad de resistir! ¡Entrégate y te prometo que serás juzgado legalmente!

Merlin, desde el interior, lanzó una carcajada.

—¿Y dónde vais a juzgarme, Forbes?

—En Dallas.

—¿Para qué? Igual van a condenarme a muerte. Lo mejor será terminar ahora de una vez.

—Te equivocas —gritó Forbes sin moverse del costado de la casa —. Dallas está lleno de sudistas y tú eres entre ellos una figura popular. No sería extraño que el Jurado estuviera de tu parte,

Merlin. Ésa no es cuestión mía, pero tú sabes que podrían absolverte.

Era una razón de peso, porque en efecto. Dallas estaba repleta de antiguos combatientes del Sur. El juez mismo era un viejo confederado. Pat Merlin no contestó, y Forbes se dio cuenta de que vacilaba y de que acababa de dar en el punto vulnerable de su enemigo: ¡el ansia, la loca esperanza de vivir!

—¡Yo no dudaría, Merlin! —gritó otra vez—. Si sigues disparando vas a morir acribillado, aunque eso me cueste algún hombre más. En cambio, si sales con los brazos en alto y sin armas te llevaremos a Dallas donde tienes buenas esperanzas de salvar la vida.

—¿Y por qué ibais a llevarme a Dallas? —preguntó la voz de Pat Merlin desde el interior de la casa—. Todos sabéis que el juez es un sudista y que podrían absolverme. Eso no te interesa a ti, Forbes. Lo que tú necesitas es que me cuelguen.

—¡No puedo llevarte más que a Dallas! Es el juzgado que nos ha encargado tu búsqueda.

Otra vez supo que había dado en el blanco. Pat Merlin no contestaba. Forbes vio que sus hombres le miraban con ansiedad mal contenida. Sabía que era impopular entre ellos. Sabía que ninguno de aquellos rurales creía en sus palabras.

Los contempló con desprecio.

¿Qué importaba que le creyeran o no, si Pat Merlin caía al fin en la trampa?

Gritó de nuevo:

—¡Te doy dos minutos para decidirte!

No había acabado de decir estas palabras cuando tuvo una violenta sorpresa. Dentro de la casa acababa de sonar la voz de una mujer. Una voz femenina que gritaba ansiosamente:

—¡No salgas, Pat! ¡No hagas caso! ¡Es una trampa!

—Pero ¿es que está contigo una mujer? —gritó Forbes, sin dar todavía crédito a lo que acababa de oír.

—Sí. Mi esposa…

—¡Eso es falso, Merlin! ¡Los lobos como tú nunca se casan…!

—¡Nos hemos casado esta tarde, antes de que me vieseis y me acorralarais en la casa!

Pat Merlin hablaba con voz más débil. La herida debía dolerle y

estaba ya casi convencido. Nat Forbes se dio cuenta entonces de que la existencia de aquella mujer —fuese quien fuese—, significaba algo decisivo en favor suyo.

Volvió a gritar:

—¡Si una mujer está contigo es todavía más absurdo resistir! ¡En el tiroteo ella morirá también sin necesidad! En cambio, si vas a Dallas hay otro motivo para que se traten bien: ¡A nadie le gusta hacer ahorcar a un hombre recién casado!

—¡Todo es falso!! —gritó otra vez la voz femenina—. ¡Si sales de aquí jamás llegarás a Dallas!

—¡Y si te quedas menos aún! —gritó Forbes—. ¡Vamos! ¡Los dos minutos están a punto de transcurrir!

Hubo otro silencio.

Pat Merlin vacilaba.

Todos sabían que si se dejaba vencer por el miedo o el dolor de las heridas saldría con los brazos en alto.

Forbes gritó:

—¡Quedan cinco segundos! ¡Cuando transcurran ordenaré a mis hombres que incendien el tejado de la casa! ¡Ahora podemos hacerlo porque estamos junto a las paredes! ¡Uno…!

Se oyó dentro de la casa el sollozar de una mujer.

—¡Dos!

Forbes amartilló su revólver.

—¡Tres! ¡Cuatro…!

E iba ya a gritar «¡Cinco!» cuando la voz de Pat Merlin, más débil cada vez, accedió:

—¡Está bien! ¡Preparaos! ¡Voy a salir con los brazos en alto!

—¡No nos fiamos! —dijo Forbes—. Primero que salga la mujer. ¡Así sabremos que no intentarás ninguna locura!

—¡Está bien! ¡Obedezco!

—Abre la puerta y arroja tus armas a través de ella. Luego que salga la mujer y tú síguela con los brazos en alto.

Hubo un breve silencio. Forbes sudaba. ¿Iría Merlin a arrepentirse en el último segundo? Pero suspiró aliviado al oír nuevamente su voz junto a la ventana.

—¡Atención! ¡Voy a abrir!

La puerta de la casa, acribillada a balazos, osciló para al fin girar rápidamente. Primero salieron despedidos por el hueco un rifle y un

cinto canana con un revólver. Luego se oyó el suave
fru-fru
de unas faldas y en el marco apareció una mujer.

Forbes entrecerró los ojos al verla.

Pero no era la mujer lo que le importaba ahora, sino Pat Merlin. Estuvo a punto de lanzar un grito cuando lo vio salir. Venía con los brazos en alto y completamente desarmado. Pat Merlin, el temible pistolero, era ahora como un niño frente al punto de mira del revólver de Forbes…

Éste tensó un poco su brazo para poner el arma en línea de tiro, suavemente.

La mujer, entonces, se volvió. Durante un segundo trágico miró a Forbes al fondo de los ojos.

—¡Nooo…! —gritó.

Forbes tensó aún más el brazo. Rechinaron sus dientes.

Y empezó a hacer fuego.

CAPÍTULO II

La quietud de la lámpara derramaba su claridad sobre el tapete verde. En el aire flotaba el espeso humo de los cigarros consumidos sin cesar. Los cuatro hombres sentados a la mesa estaban rodeados por un numeroso grupo de espectadores. En torno a ellos todo era silencio.

Los cuatro jugadores iban bien vestidos, aunque dos de ellos tenían aspecto de ganaderos que pasaban una temporada en la ciudad. Los otros dos, jóvenes y corpulentos, vestían levitas grises y chalecos floreados. No hubiera sabido decirse si eran jugadores profesionales o simples aficionados. Pero las culatas de los revólveres asomaban junto a sus solapas.

Las posturas eran fuertes —ninguna había resultado inferior a los mil dólares—, y eso atraía la atención de todos los espectadores del saloon. Principalmente la expectación estaba centrada en los dos hombres que vestían levitas. Ambos tenían los ojos grises y crueles y parecían no poseer nervios. Un silencioso duelo se había entablado entre los dos. Sus posturas eran cada vez más fuertes.

Hicieron una de diez mil dólares. Los otros dos jugadores se retiraron, incapaces de arriesgar aquella suma.

—Está usted muy valiente esta noche, Lane —dijo uno de los hombres, que llevaba un bigotillo recortado, al otro, que iba afeitado completamente—. ¿Sabe que si pierde no podrá pagar ni la cuenta del hotel?

—En efecto, diez mil dólares son toda mi fortuna. Arriesgo lo ganado hasta ahora.

—Si pierde se le echarán encima todos sus acreedores, Lane. No tiene crédito en ninguna parte. Todos saben que es usted un jugador.

—Y usted, Perkins, ¿qué es?

—Un jugador también, pero llevo más tiempo establecido en Dallas.

Lane le dirigió una sonrisa.

—Por eso mismo tiene menos crédito que yo.

—¿Sabe que me estoy dando cuenta de que convierte esta partida en algo personal, Lane?

—Al contrario. Yo había propuesto jugar a estos dos caballeros cuando ha intervenido usted. Parece como si tuviera interés en arruinarme. ¿Es que quiere que me echen de la ciudad?

—A nadie le gusta tener competencia.

—Lo comprendo. Usted es un jugador profesional, Perkins, y le molesta que yo también actúe en este saloon. Pero ¿de qué se queja? En esta época hay docenas de tahúres profesionales en Dallas, y no importa uno más. También sabe que hay oro de sobra para todos nosotros. Claro que unas veces se gana y otras se pierde.

—Usted siempre gana. Lane.

—Cuestión de suerte. Pero puede que ahora me hunda.

Repartió él. Perkins pidió carta dos veces y se plantó en seguida. Lane tomó carta tres veces. Los dos jugadores se miraban fijamente a los ojos, sin pestañear.

Por fin Perkins mostró sus cartas.

—Póker de corazones —dijo.

Lane mostró las suyas.

—Escalera real.

Hubo un sordo rumor entre los espectadores que le rodearon. Perkins se puso lívido.

—¡Ha estado haciendo trampas! ¡En tres partidas seguidas ha ligado escalera real! ¡Eso está fuera de toda lógica!

—¿Por qué, Perkins?

—¡Todo jugador sabe que eso es imposible!

—Usted ligó dos escaleras reales ante aquel novato ayer mismo, Perkins. ¿También hacía trampas?

—¡No me acuse, Lane!

—Al contrario. Es usted el que me está acusando a mí.

—¡Si le acuso! ¡Y lo diré más claramente para que todos lo oigan! ¡Tramposo!

Se había puesto en pie de un salto y echó con el cuerpo la silla

hacia atrás mientras llevaba la mano derecha a la funda sobaquera, empuñando el «Colt».

Pareció como si Lane no se moviera.

La sonrisa fría con que había escuchado las últimas palabras de su enemigo, no desapareció de sus labios.

Pareció dar tan sólo un seco golpe a la solapa con su mano derecha y de pronto un «Colt» plateado brilló entre sus dedos.

Dio la sensación de que Perkins iba a ser más rápido. Tuvo el revólver en línea de tiro antes que su enemigo, pero no llegó a emplearlo. De pronto una llamarada color naranja pareció brotar de los dedos de Lane. Perkins, alcanzado en el centro del corazón, vaciló. Los espectadores, entre una sarta de maldiciones, se arrojaron a tierra.

Perkins no cayó en seguida.

Con sus últimas fuerzas, moviendo las manos desesperadamente, intentó enderezar el revólver de nuevo para acribillar a su enemigo. Lane vio el «Colt» que le apuntaba y vio también los dientes apretados y los ojos desencajados de Perkins.

Pero no se movió.

Pudo haber disparado otra vez sobre su enemigo, volándole la cabeza, y no lo hizo.

Con la calma de un perfecto jugador, Lane tomó una carta del mazo, la miró y sosteniéndola entre sus dedos contempló a su enemigo. La carta era un as de trébol. Más allá, a tres pasos escasamente, estaba el cañón del revólver de Perkins. Lane, que lo miraba fijamente, no pestañeó tan siquiera. La sonrisa seguía sin borrarse de sus labios.

Y de pronto Perkins, llevándose las dos manos al corazón, tuvo que soltar el revólver. Cayó de rodillas, intentando aún sujetarse a la mesa. Luego resbaló de ésta y se desplomó pesadamente al suelo, muerto, bañado en su propia sangre.

Los espectadores, asombrados, se pusieron en pie.

—No comprendo por qué no ha disparado otra vez. Lane —dijo uno de ellos—. Creí que Perkins lo iba a matar como a un caballo herido.

Lane también se puso en pie, y su alta estatura destacó por encima de la de todos los testigos.

—Sabía que no iba a poder disparar —dijo—. La bala le había

acertado en el centro del corazón.

—Pero ha sido cuestión de un segundo.

—Todas las partidas de póker se ganan en un segundo. ¿No lo creen así, caballeros? Por cierto, Dave —señaló a uno de los presentes—, ¿quiere encargarse de dar sepultura al muerto? Le prepara un buen ataúd, una lápida de la mejor clase y una corona. Luego me pasa la nota de los gastos.

Dave, un tipo siniestro vestido de negro, recogió el cadáver en compañía de su ayudante y se lo llevaron entre los dos como el que transporta una dulce carga. El grupo se dispersó, encaminándose hacia la barra. El dueño del saloon dio dos fuertes palmadas.

—Bueno, caballeros, basta de perder el tiempo con peleas imbéciles que sólo causan un muerto o dos. Vengan todos a beber el mejor *brandy* que se sirve en Dallas. La casa invita.

Todos aceptaron ruidosamente. Incluso el mismo Lane se acodó en la barra, aunque fue el último en llegar a ella.

Para apoyar los codos tuvo que apartar ligeramente un periódico de quince días atrás, el San Antonio Star, que se recibía en Dallas regularmente. Lane lo había hojeado ya, pero antes de apartarlo dirigió un último vistazo a los titulares.

MUERTE DEL PISTOLERO PAT MERLIN.

«Nat Forbes, de los rurales, acabó ayer con él después de haberle invitado a rendirse. Sus propios hombres lo acusan de asesinato y se abrirá una investigación sobre este asunto».

Seguía a continuación una extensa información sobre el trágico fin de Pat Merlin, a quien los rurales venían siguiendo desde tiempo atrás y al que habían puesto cerco en una casa aislada cuando se hallaba en compañía de una mujer. Merlin dijo antes de morir que era su esposa, pero este extremo no había podido comprobarse. La mujer estaba viva, aunque Forbes la había herido en un brazo para obligarla a rendirse después de dar muerte a tiros a Pat Merlin.

Lane conocía ya toda aquella información. No dirigió al periódico más que una mirada superficial y en seguida dedicó su

atención a la copa de licor que acababan de servirle. No había hecho más que bebería cuando alguien, desde la puerta, gritó:

—¡Muchachos! ¡Llega la diligencia…!

La llegada de las diligencias a Dallas, poco después de la guerra civil, era siempre un acontecimiento. Todos los que se encontraban en el saloon bebieron apresuradamente sus copas y salieron a la calle para presenciar la llegada del carruaje. Lane mismo, que esperaba a un amigo, atravesó los batientes también.

Cuatro caballos sudorosos tiraban de la diligencia, que estaba cubierta de polvo, cuando ésta enfiló la recta de la calle.

Con un agudo chirrido de ballestas el carruaje se detuvo. El mayoral y los dos hombres armados de rifles que le protegían se pusieron en pie sobre el pescante.

Los pasajeros empezaron a descender rodeados por la curiosidad general. Todos estaban sudorosos y vencidos por el calor. Además, parecían nerviosos porque debían haber tenido jaleo. Varios orificios causados por balas de revólver moteaban el carruaje.

Un hombre joven, vestido con pantalones tejanos, camisa vaquera y chaleco de piel, descendió de la diligencia, miró a su alrededor y al distinguir a Lane se aproximó a él.

Éste le tendió la mano.

—Hola, Kelly.

—Hola, Lane.

—¿Buen viaje?

—Regular solamente. Una banda nos ha atacado a diez millas de aquí. Gracias a llevar buenos caballos seguimos vivos todavía. ¿Es que todo Texas está infestado de bandoleros?

—Tú mismo lo comprobarás.

—¿Qué tal las cosas en Dallas?

—¡Bah! Aburrimiento. Alguna peleíta de vez en cuando.

Kelly sopesó el maletín que llevaba en la mano derecha.

—Es todo mi equipaje. Esto y los revólveres. ¿Dónde crees que podré hospedarme?

—En El Lince. Es un buen hotel. Yo vivo allí.

Miraba con indiferencia a su alrededor, no prestando a los viajeros de la diligencia más que una atención muy superficial. Pero de repente lanzó un silbido y sus ojos se achicaron, mientras su brillo gris se hacía más metálico y duro.

Una mujer acababa de descender en último lugar de la diligencia, llevando un pequeño maletín en la mano izquierda.

No era una mujer cualquiera. Seguramente que en Dallas no se había visto otra igual desde hacía mucho tiempo.

Pelirroja, esplendorosa, dueña de unas curvas poderosas y tensas que dilataban los ojos de los hombres, la recién llegada descendió del carruaje y subió al porche con seguridad, arrostrando las miradas de todos, sin pestañear ante los gritos y las provocaciones de los pistoleros que la contemplaban embelesados desde todas partes.

Lane tragó saliva lentamente. Tenía ya la boca seca, a pesar de que acababa de beber.

Estaba recordando uno de los párrafos de la información del San Antonio Star, repasada minutos antes.

Se hablaba allí de una mujer, la presunta esposa de Pat Merlin, que había sido herida por Forbes después de dar muerte al pistolero.

Y esta mujer, la esplendorosa joven que acababa de llegar a Dallas, estaba herida en el brazo derecho.

CAPÍTULO III

Lane cargó su vaso de *whisky* hasta el mismo borde y lo bebió de un solo trago, sin paladearlo.

Llevaba ya muchos vasos bebidos de ese modo. La botella que tenía frente a él, en la mesa, estaba medio vacía.

Kelly gruñó:

—¿Qué te pasa, Lane? Desde que ha empezado a caer la tarde no haces más que beber. Nunca te he visto borracho, y, la verdad, que te pongas ahora así no me hace ninguna gracia.

Lane dijo tan sólo:

—¡Condenado Destino!

—Pero ¿qué cuerno te pasa?

—Nada importante. Pero a veces es bueno beber. Es bueno beber hasta hartarse, hasta ahogar los pensamientos.

Sin embargo, Lane no se emborrachaba. Tenía los ojos tan fríos e impasibles como al principio.

—¿Es por aquella mujer? —preguntó Kelly.

—No.

Pero claramente se advertía que estaba mintiendo.

Detrás de sus ojos grises había recuerdos que hubiese querido anular. Recuerdos de otra época que ya no volvería, de otro tiempo que se fue para siempre. ¡Maldita sea! ¿No era Texas lo bastante grande? ¿Por qué las cosas habían tenido que suceder así?

Bebió otro vaso de *whisky*.

Y en aquel momento sus ojos se agrandaron.

—¿Es cierto lo que estoy viendo, Kelly? —Gruñó.

Kelly se volvió para mirar hacia los batientes de la entrada, que acababan de ser empujados en aquel momento.

—Diablos… —susurró—. Desde ayer, cuando llegó, no había

salido de su habitación del hotel. ¿Qué vendrá ahora a hacer aquí?

La que acababa de entrar en el Rackett Saloon, el más famoso de Dallas en aquella época, era la misma mujer que la tarde anterior llegara a la ciudad en la diligencia.

Lucía ahora un vestido verde pegado a su cuerpo. La falda tenía un pliegue que se abría hasta la rodilla, dejando ver la pantorrilla cubierta con una media negra. El escote, muy amplio, era casi exagerado, y todos los detalles de aquel vestido hacían pensar que la que lo llevaba era una peligrosa «dama de saloon».

Pero no lo era.

Porque aquella mujer tenía una extraña majestad, una seguridad en sí misma que hubieran impresionado a cualquier hombre. Mirándola se adivinaba que no siempre había vestido así. Que debió haber otra época en que los hombres no se atrevían tan siquiera a levantar los ojos hasta ella.

Había una mesa vacía casi en el centro del saloon. La mujer se sentó en ella, junto a un hombrecillo muy bien vestido que la acompañaba. Ella sacó del bolso una baraja y con un hábil movimiento extendió las cartas sobre la mesa.

No era frecuente ver en Dallas mujeres que se dedicasen al juego. Por lo menos desde que acabó la guerra civil no se había presentado allí ninguna. Todos los ojos estaban fijos e inmóviles en el cuerpo de la forastera. Algunos hombres tenían la mirada vidriosa. Ella, de un hábil movimiento reunió otra vez todas las cartas en un mazo.

Por fin un hombre se levantó y se acercó a la mesa donde se hallaba la mujer. Sus espuelas mexicanas produjeron un sonido cantarín, que parecía llenar el saloon. Tomó asiento al otro lado de la mesa.

—¿Juega? —preguntó.

—A eso he venido.

—Es extraño que una mujer tan bonita se arriesgue a venir a una ciudad tan turbulenta como Dallas.

—No me asustan las ciudades turbulentas.

—Sin embargo, algo ha debido ocurrirle. Está herida en el brazo derecho. Lleva un pequeño vendaje y trata de disimularlo, pero se nota que no lo mueve bien.

—Puedo jugar igualmente.

Todo el saloon estaba pendiente de aquella mujer y de aquella conversación. Lane también, aunque fingía estar mirando hacia otro sitio. El hombrecillo que acompañaba a la muchacha hizo un gesto tímido.

—No sé si deberías jugar, paloma. Tú, tan inocente…

—Quisiera aprender —dijo ella—. Siempre me ha gustado el juego.

—¿Quién es este microbio? —preguntó el que se había sentado a la mesa, mirando al hombrecillo.

—Es mi padre.

—¡Oh, perdón…! No se parecen ustedes demasiado, y por eso me he confundido. Mis respetos, señor.

Alguien más se levantó entonces. Todos le conocían. Era Rackett, dueño del saloon y el hombre que prácticamente controlaba todo el juego y todo el vicio de la ciudad de Dallas.

Rackett era un hombre de influencia. Tenía docenas de pistoleros a sus órdenes, y todos los jugadores profesionales que actuaban en la ciudad le entregaban una parte de sus beneficios para que les dejase vivir a sus anchas. Si alguno se rebelaba solía aparecer a la noche siguiente acribillado a balazos o colgado de cualquier árbol cercano a la ciudad. Dallas era en cierto modo un imperio del que Rackett se había convertido en emperador.

Se detuvo junto a la forastera y preguntó:

—¿Cómo se llama?

—¿Y quién es usted para preguntarlo?

—Soy el dueño de este saloon.

—Muy bien. En tal caso sírvanos tres *whiskys* y haga que nos traigan una baraja nueva.

Las facciones de Rackett adquirieron rápidamente un violento color púrpura.

—¿No ha oído hablar de mí? —preguntó.

—Es posible. Pero nunca presto atención cuando se habla de taberneros y gente de poca importancia.

—¿Sabe lo que está diciendo? —Rackett tartamudeaba de furia —. ¿Nadie le ha explicado que no se puede jugar en esta ciudad sin una autorización mía?

—Yo no soy una jugadora profesional, señor Rackett, pero, aunque lo fuese tampoco le pediría permiso. Puede que esté en

Dallas solo dos días o todo un mes. Y ahora retírese antes de que yo le ordene que limpie el polvo de la mesa.

Temblando de ira ante aquellas palabras que jamás había escuchado, Rackett farfulló:

—¡Si toca una sola carta en mi saloon haré que la arrojen de aquí! ¡Y le aseguro que no es nada agradable para una mujer bonita ser sacada a empujones por mis pistoleros!

—No hace falta que se ponga así —sonrió ella entornando los ojos—. Si usted cobra algo a los jugadores para dejarles actuar en Dallas, también puede cobrármelo a mí. Supongo que todo es cuestión de precio.

Las pupilas de Rackett se iluminaron mientras contemplaba el cuerpo de la mujer, apretado en su vestido verde.

—Puede que mi precio sea algo especial —susurró.

—Dígalo.

—Póngase en pie. Quiero verla.

Había un silencio absoluto en el saloon, un silencio casi angustioso. Ella se puso en pie. Echó la cabeza un poco atrás, desafiante, mostrando a Rackett el escote y la suave línea de la garganta.

—¿Estoy bien así?

—Preciosa…

Fue a estrecharla entre sus brazos. Ella se movió entonces rápidamente, y sin perder la sonrisa ni la elegancia de sus gestos, se ladeó, hizo la zancadilla a Rackett, que casi se lanzaba a ciegas, y lo obligó a rodar a sus pies como un fardo. Rackett lanzó un aullido.

Con una agilidad insospechada se puso en pie, saltó y empezó a golpear a la mujer con los puños cerrados. Ella, que apenas podía cubrirse a causa de su brazo derecho herido, cayó sobre las tablas, gimiendo, con los labios bañados en sangre.

El tipo que antes se había sentado a la mesa no se atrevió a intervenir por miedo a los pistoleros de Rackett. El hombrecillo que se había presentado como padre de la muchacha, tampoco. Uno solo de los puños de Rackett lo hubiese pulverizado.

Rackett, fuera de sí, iba a golpear a la mujer con sus botas cuando una voz dijo:

—¿Tanta prisa tienes porque te encierren en un ataúd, Rackett? ¿No puedes esperarte un poco?

Rackett, cuyas facciones habían quedado lívidas de repente, se volvió hacia el lugar donde había sonado la voz.

Vio a un hombre delante de una botella de *whisky*. Lane.

Lane ni siquiera se había llevado la mano a la funda axilar, donde guardaba el revólver. Tenía los brazos negligentemente apoyados en el respaldo de la silla y cualquiera hubiese dicho que estaba medio dormido o medio borracho. Sólo sus ojos brillaban peligrosamente, pero desde aquella distancia Rackett no lo notó.

—¿Quién eres? —farfulló.

—Me llamo Lane.

—¿El hombre que ayer mató a un hombre en el saloon de Bud Ticker?

—Lo hice para entrenarme.

Los ojos de la mujer, dos ojos negros y profundos como las aguas de un lago, estaban inmóviles sobre la figura de Lane. Rackett avanzó dos pasos en dirección a su nuevo enemigo.

—¿Sabe quién soy?

—Por lo visto a todo el mundo le pregunta lo mismo. Claro que sé quién es, y hasta me aburre decirlo: un granuja llamado Rackett…

—¿Es que quiere que mis pistoleros lo acribillen aquí mismo?

—No me diga…

Rackett aulló:

—¡Muchachos! ¡Tirad!

Dos hombres que estaban junto a la barra, atentos a lo que sucedía, se pusieron inmediatamente en acción. Los dos llevaban las fundas muy bajas y sacaron los revólveres instantáneamente. Lane, que parecía medio dormido, demostró que no lo estaba.

Se dejó caer de la silla, dando un puntapié a la mesa y volcándola para desorientar a sus enemigos. Kelly, que iba a intervenir, frenó los movimientos de sus manos al oír la voz de Lane.

—¡Déjamelos a mí!

Había sacado de su funda axilar un revólver de cañón corto. Mientras la mesa rodaba sobre las tablas, él disparó dos veces. Los pistoleros que estaban junto a la barra soltaron sus armas como si éstas fueran reptiles venenosos. Dos manchas color escarlata aparecieron cobre sus corazones, exactamente en el mismo sitio.

Rackett, entretanto, había saltado para parapetarse tras una de las mesas mientras extraía de su funda axilar un revólver chato adornado con marfil y plata.

Antes de que llegara a parapetarse, Lane hizo girar su revólver y disparó otra vez.

Rackett, alcanzado en medio del pecho, cayó de rodillas. Se dio cuenta instantáneamente de que su herida era mortal. Eso hizo aumentar todavía más su pánico.

—¡Noooo…! —gritó mirando el negro cañón del revólver de Lane.

Éste disparó nuevamente y le clavó una bala en el centro exacto de la cabeza, ahorrándole sufrimientos.

Luego se puso en pie, guardó el revólver y dirigió una mirada superficial al saloon antes de encaminarse hacia la puerta.

Había allí varios pistoleros más contratados por Rackett, pero todos, excepto los dos muertos, habían sido sorprendidos por la rapidez de la escena. Al ver cómo tiraba Lane ninguno se atrevió a intervenir. Tiempo quedaría para liquidarle en cualquier calle solitaria…

Los ojos de la forastera seguían posados en él, sin separarse un instante de su rostro. Ni siquiera cuando los disparos hicieron retumbar el saloon habían dejado aquellos ojos de mirarlo.

Kelly musitó, mientras retrocedían hacia la puerta:

—Te has metido en un buen lío, muchacho. De sobra sabías que Rackett era uno de los amos de Dallas…

—Ya no lo es.

—Esto dificultará tu trabajo mucho más aún. Habrá ahora varios hombres que no pararán hasta dejarte seco cualquier noche…

—Pues si me dejan seco, acuérdate de mojarme bien con *whisky*.

Antes de que llegaran a los batientes, el hombrecillo que se había presentado como padre de aquella belleza esplendorosa se acercó a ellos dando saltitos.

—Creo que tengo que darle las gracias, caballero…

—¿A mí? ¿Por qué?

—Ha salvado usted a mi hija.

—¿De veras es usted el padre de ese monumento?

—Pues claro…

—Preséntele mis respetos. Y ahora, buenas noches, amigo. Le

deseo unas felices vacaciones en la hospitalaria ciudad de Dallas.

—¡Eh, oigan…!

—¿Qué?

—Si alguna vez necesitan algo de mí, estoy en el hotel México. Tengo mucho dinero y soy un hombre de influencia en estas tierras. Para cualquier clase de apuro no vacilen en acudir a mí…

—Lo tendré en cuenta.

Los batientes oscilaron y la calle se tragó a los dos
gun-men.
El hombrecillo se quedó diciendo:

—A mí, que tengo cuenta corriente en los Bancos más importantes de Texas, no me importa ayudar a los buenos amigos…

Una vez en los porches, Kelly dijo:

—Lo mejor será resolver en seguida lo que nos ha traído aquí y marchar cuanto antes de la ciudad de Dallas.

—¿Por qué tanta prisa?

—Te lo he estado diciendo desde que has sacado el revólver. Rackett era uno de los amos de Dallas. Tenía saloons, casa de juego, pistoleros, varios ranchos en la comarca y votos en las elecciones para cualquier cargo público. Tú lo has matado y ahora pagarás las consecuencias.

—Me revientan los tipos como Rackett y los que golpean porque sí a las mujeres. Por cierto, ¿te has fijado en ella?

—Claro. ¿Quién no iba a fijarse en una mujer así? Por el norte es un monumento, por el sur un bombón, por el este una maravilla y por el oeste un escándalo. Porque en el oeste de la falda es donde tiene aquel plieguecito que se abre. ¡Demonios! ¿A qué crees que ha podido venir a Dallas una mujer así?

—A jugar.

—No lo entiendo. No tiene aire de jugadora profesional, sino todo lo contrario. Tiene aspecto de princesa.

—Lo es.

—Cada vez te entiendo menos, Lane.

—Por eso será mejor que dejemos esta conversación.

—¿La conocías ya antes de verla aquí?

—¡Bah! ¿Qué importa lo que sucedió ayer? ¿Qué importa lo que nos sucedió en otro tiempo que ya no ha de volver nunca?

En aquel momento los temores de Kelly se confirmaron. Con una

inusitada rapidez, los amigos de Rackett, él muerto, se pusieron en acción. Desde una azotea del otro lado de la calle, un hombre montó su «Winchester» último modelo y apuntó a los dos forasteros. Un caballo relinchó entonces en las cercanías. Lane, que entendía de caballos y los amaba, se volvió al oírlo mientras susurraba:

—Ese animal está enfermo…

Fue entonces, al volverse, cuando vio en la azotea al hombre que ya le estaba apuntando.

Dio un fantástico salto de costado, derribando por el suelo a Kelly, mientras gritaba:

—¡Cuidado!

«Sacó» con una endiablada rapidez, haciendo dos disparos contra el enemigo emboscado. El del «Winchester» recibió los dos plomos a la altura del corazón, soltó su arma, dobló las rodillas y perdió el equilibrio, cayendo sobre el polvo de la calle en una trágica voltereta.

Lane, por todo comentario, susurró:

—Esto se pone feo.

Los dos hombres avanzaron hacia el caído. Éste acababa de morir y ya nada se podía hacer por él. Tenía las dos manos agarrotadas a la altura del corazón, donde se apreciaba el impacto de las dos balas.

Kelly, al ver el cadáver, tuvo un momento de vacilación y de miedo. Aquella vez habían salido con vida gracias a una casualidad, pero la suerte no se repetiría. No siempre los caballos relinchan cuando a uno le van a asesinar por la espalda. Supo que prácticamente todos los pistoleros de la ciudad estarían contra ellos después de la muerte de Rackett.

Gruñó:

—Tengo sed. Necesito beber algo.

Entraron en otro saloon, seguidos por las miradas curiosas de todos los espectadores, y pidieron dos vasos de *brandy*. Kelly apuró el suyo de un solo trago, mientras que Lane bebía el licor a sorbos y pensativamente, con los ojos perdidos en la puerta del local.

Esa puerta se abrió al cabo de unos instantes y por ella entró —siempre dando saltitos—, el hombrecillo que antes les había ofrecido ayuda, es decir el que se había presentado como padre de la forastera.

Al verlos se acercó a ellos directamente.

—Parece que van de lío en lío —dijo.

—¿A qué viene eso? —preguntó Lane en voz baja—. ¿Es que quiere hacernos un seguro de entierro?

—¡Oh! Yo no me dedico a eso.

—Sí, ya sé. Usted se dedica a tener cuenta corriente en todos los Bancos de Texas. Se dedica al oficio más bonito que existe y el más fácil de aprender, que es ser millonario.

—Por eso he venido.

—¿Otra vez a ofrecernos ayuda?

—Pues sí. Ella no me dejaba.

—¿Quién es ella?

—Elisa, mi hija.

—Ah, vaya.

—Me han caído ustedes simpáticos, y como veo que se están metiendo en un jaleo detrás de otro usaré de mi influencia para recomendarles al *sheriff*, si es que lo necesitan.

—¿También es amigo del *sheriff*?

—Yo soy amigo de todo el mundo. ¿Saben lo que significa tener dinero? Pues que todo el mundo está al servicio de uno. Si a mí se me antoja que un *sheriff* me limpie las botas, no tengo más que ordenárselo.

—¿Ah, sí?

—Como lo oyen.

—¡Vaya! Es estupendo eso de ser rico.

—No lo sabe usted bien.

—Nos da una envidia enorme.

—Lo comprendo.

Lane tendió el brazo de pronto como si fuese a dar un golpe al aire, engarfió con sus dedos las solapas del hombrecillo y lo levantó sin esfuerzo con una sola mano hasta tenerlo suspendido en el aire y a dos pulgadas de su rostro.

El hombrecillo empezó a jadear.

—¡Eh! Oiga. ¿Cómo se atreve a tratar así a un millonario? ¿Con quién se cree que habla?

—Con un granuja llamado Pershing.

—Me parece que…, que… que se confunde.

—Nunca me confundo con las caras de la gente, amigo. Y a ti te

conocí en Alabama demasiado bien cuando era explorador del ejército. ¿Cuánto dinero llevas en el bolsillo, Pershing?

El hombrecillo había empezado a sudar copiosamente.

—Do… do… doce dólares.

—¿Y tus fantásticas cuentas corrientes en los Bancos de Texas? ¿Qué se ha hecho de ellas?

—No… no existen.

—¿Y tú equipaje?

—Está…, en el hotel.

—¿No será más cierto que lo llevas guardado en el bolsillo izquierdo de tu levita?

Sin esperar la respuesta, Lañe introdujo la mano izquierda en el mismo bolsillo de la levita del hombrecillo y extrajo un mazo de cartas, que depositó blandamente sobre la barra, dejándolas caer de cinco en cinco para poder palpar bien sus rebordes.

—Tu equipaje, Pershing. Un mazo de cartas marcadas para desplumar incautos en los territorios mineros. ¿A cuánta gente has engañado así? Pero esto es Texas, un país donde la gente es muy lista y donde se juega desde hace trescientos años. No te será tan fácil lucir aquí tus habilidades con las cartas marcadas. ¿Por eso has hecho sociedad con la chica?

—Pues…, sí.

—Le has enseñado a manejar los naipes como una auténtica maestra y quieres que desplume a los imbéciles, ¿no? Tú finges ser su padre, te las das de millonario, ofreces ayuda a todo el mundo para que te oigan y aseguras que ella es una pobre palomita que sólo juega por distraerse. De este modo pretendéis convertiros en poco tiempo en dos de los personajes más ricos de la ciudad. ¿Es ese tu plan, Pershing?

El hombrecillo, cada vez más sudoroso y asustado, sólo pudo balbucir:

—Por favor, no hable así, que si se entera la gente me hunde todo el negocio y tenemos que marcharnos.

—Nadie nos oye, porque los curiosos están a respetable distancia. Pero debería decir a gritos quién eres para obligarte a que te largases de aquí con el rabo entre piernas.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque entonces te establecerías con esa mujer en cualquier

otra ciudad, y mientras estéis aquí podré al menos vigilaros.

—¿Con qué objeto?

—Con el de prohibirte que os dediquéis a jugar en los saloons de Dallas. Hazlo tú sólo si quieres, porque ya eres perro viejo, pero para ella resulta demasiado peligroso. Ya has visto lo que ha ocurrido hoy. Y si la sorprenden haciendo trampas son capaces de ahorcarla.

Lane bajó el brazo, depositando poco a poco al hombrecillo en el suelo. Pershing respiró.

—No tema, no la descubrirán.

—La has enseñado bien, ¿eh?

—Jamás he tenido otra alumna como ella. En sólo diez días ha aprendido cosas que nunca creí aprendiese. Es tan astuta y tiene unas manos tan finas que ha logrado hacerme trampas a mí. ¡A mí!

—¿Es éste el primer sitio en que trabajáis?

—Sí.

—Por mucho que haya aprendido la pueden sorprender con cartas falsas. Ya te he dicho que ésta es una ciudad donde la gente sabe demasiado. No aceptéis partidas con nadie o te pesará.

—Pero es que a mí me atraparían —gimoteó Pershing—. En cambio, a ella es imposible. En cuanto un fulano se sienta con Elisa ante un tapete verde ya no sabe dónde está ni qué cartas tiene en las manos. Flota en el aire. Le harían cuatro escaleras reales con una sola baraja y no se daría cuenta. Yo confiaba en eso al venir a Dallas.

—Pues no confíes más.

—Es que en este plan no vamos a tener dinero ni para pagar el hotel —gimoteó nuevamente Pershing.

—Ya te ayudaré yo en lo que pueda. Pero entiéndeme bien: nada de partidas de naipes.

—Está bien, usted manda. ¿Qué nos jugamos a que no vuelvo a jugar mientras estemos en Dallas?

Lane sirvió al hombrecillo un vaso de *brandy*, se lo hizo beber de un trago y luego le dijo:

—Vamos, lárgate. Vuelve a tu hotel y empieza a pensar en dedicarte a otra cosa. Aquí hay porvenir para todo el mundo, incluso para los que no han trabajado nunca.

—¡Porvenir! ¡Un porvenir de ganadero o de agricultor! ¡Menuda

perspectiva! ¡Un asco!

Y Pershing se largó de allí lanzando maldiciones en voz baja.

Lane siguió bebiendo su licor sin mirar a ninguna parte. Kelly sonrió al decirle:

—Me has dado una buena sorpresa.

—¿Por lo de ese hombre? Si te hubieses fijado bien en él desde el principio ya habrías comprendido que era un granuja.

—No lo digo por él. Lo digo por la chica.

—¿En qué sentido?

—No me habías dicho que la conocieses.

—¿Y por qué había de decirlo? Es una historia antigua. No tiene importancia, ni vale la pena hablar de ella.

—Pero esa mujer significa algo para ti.

—Te equivocas. No significa absolutamente nada. Es…, como volver a ver un cuadro antiguo que uno ya casi no recordaba y que seguramente no volverá a ver más. ¿Para qué hablar de ella? Te invito ahora a unos cuantos vasos de *whisky*, Kelly.

Pero Kelly no parecía convencido.

—Me has dicho antes que era una princesa.

—Casi —musitó Lane nostálgicamente—. Era una gran dama. Una de las mujeres más ricas del Sur. Tenía miles y miles de hectáreas de terreno y centenares de esclavos.

—Pero eso no era tu ambiente ni tu mundo, Lañe. ¿Cómo llegaste a conocerla?

Lane entrecerró los ojos.

—La conocí —dijo en voz muy baja—, porque yo era uno de sus esclavos.

CAPÍTULO IV

Hubiera deseado no encontrarla. Había venido a Dallas pensando que no la encontraría jamás y que sus ojos nunca volverían a cruzarse con los de Norma Len. Y, sin embargo, allí estaba ella, en Dallas. Los dos habían tropezado otra vez, y ahora su encuentro tendría peores consecuencias que nunca.

Lane hubiese deseado maldecir al Destino, pero maldecir al Destino nunca sirve de nada.

¿Por qué diablos habían tenido que encontrarse otra vez?

Él no había hecho nada para buscarla. Al contrario, pensaba que estaría bien lejos de Texas. Pero basta que a una persona no se la busque para que uno tropiece con ella en todas las esquinas.

Lane pensaba en eso cuando se dirigió a la cuadra pública. Tomó su caballo y emprendió con él un trote largo hacia las afueras de la ciudad, en una dirección determinada que ya conocía.

Llegó al cabo de veinte minutos a una gran pared rocosa que parecía cortar la llanura en dos y por cuyas márgenes corría un riachuelo. Dos hombres montados a caballo ya le estaban aguardando allí.

Los dos vestían de paisano, con buenas ropas compradas seguramente en Houston, pero en su rigidez y la sequedad de sus movimientos se adivinaba que estaban acostumbrados a la disciplina militar. Los dos se llevaron la mano a las alas de sus sombreros, saludando a Lane, al ver llegar a éste.

Lane les saludó también.

—Buenos días, Gallagher. Buenos días, Murphy.

—Hola, Lane.

—Acabo de recibir vuestro mensaje. He tenido el tiempo justo para llegar hasta aquí.

—Te lo enviamos anoche. Pero el mensajero era un viejo borracho que por lo visto se retrasó. Ya nos lo temíamos.

Lane guardó un momento de silencio, observando a los dos hombres. Los dos tendrían la misma edad, alrededor de treinta años, y su complexión atlética era muy parecida. Tenían unos ojos fríos y duros que casi siempre parecían destilar crueldad; ojos de hombre que está acostumbrado a jugarse la vida cada día.

Gallagher era moreno; Murphy pelirrojo.

Gallagher preguntó:

—¿Has averiguado algo?

—Nada —mintió Lane.

—¿No está esa mujer en Dallas?

—No he encontrado rastro de ella.

—Pues Hutchison nos dijo que había sido vista en la diligencia hace dos días.

—No debió apearse en Dallas. Quizá siguió viaje hasta otro sitio. Yo, de todos modos, no la vi.

Gallagher se rascó la mandíbula.

—De todas maneras, aunque hubiese seguido viaje a otro lugar, terminará volviendo a Dallas.

—¿Por qué?

—Porque éste es el único sitio relativamente civilizado de los alrededores, es decir el único sitio donde una mujer bonita puede encontrar un hotel limpio, un almacén donde vendan artículos de perfumería y un *sheriff* que la defienda de los ataques de los pistoleros. ¿Crees tú que una mujer renuncia a todas esas cosas?

—Yo no creo nada.

—Convendrá que duermas con un ojo abierto, Lane —dijo Gallagher—, por si a Norma Len se le ocurre aparecer por Dallas. Y si no tienes bastante ayuda con Kelly, te ayudaremos nosotros.

—No es necesario.

—De todos modos, nos daremos una vuelta por la ciudad dentro de tres días. Si para entonces no has encontrado a Norma nos quedaremos a ayudarte. Ella tiene que aparecer tarde o temprano por la ciudad.

Lane palideció ligeramente.

—Lo que os parezca.

—Todos tus antiguos compañeros de regimiento desean que no

fracases —insistió Gallagher—. Hay muchos muertos que esperan sepas vengarlos. Como coronel bajo cuyas órdenes hiciste la guerra tengo la máxima confianza en ti, Lane.

—Gracias.

—Acordamos, entonces, que dispones de tres días.

—Tres días —repitió Murphy.

—De acuerdo.

—Ahora puedes volver a Dallas y recuerda siempre que la vigilancia no debe ser abandonada un solo minuto.

—A sus órdenes.

Lane saludó de nuevo, llevándose la derecha al ala del sombrero, y haciendo dar vuelta a su caballo se alejó a galope en dirección a la ciudad.

Cuando estaba a unas doscientas yardas de los dos hombres volvió un momento la cabeza.

Los dos le estaban mirando aún.

Tenían un aspecto levemente siniestro a la luz del crepúsculo, como dos buitres que acecharan su venganza.

Lane no los miró más.

Cuando entró de nuevo en Dallas habían caído ya por completo las sombras de la noche y toda la llanura iba quedando negra. Pero en la ciudad se encendían las luces de los saloons, los porches comenzaban a animarse con pistoleros y con mujeres ligeramente vestidas que servían de gancho para las casas de juego, con los primeros borrachos y con vaqueros dispuestos a gastarse en una sola noche los ahorros de todo el mes. Dallas, después de la guerra civil, había adquirido una alegre y peligrosa fisonomía nocturna. Algunos disparos resonaron en un saloon y pronto dos hombres muertos fueron arrojados a la calle, casi entre las patas del caballo de Lane.

Éste no se detuvo.

Fue de nuevo a la cuadra pública, dejó a su corcel allí encargando que le dieran una buena ración de pienso y regresó al hotel, encaminándose al bar que había cerca de la entrada.

Kelly le esperaba allí.

Lane se sentó, pidió una botella de *whisky* y empezó a beber sin descanso un vaso detrás de otro, como si aquello fuera agua cristalina y él estuviese muerto de sed.

Kelly le miraba, preocupado.
—Oye, ¿qué diablos te ocurre?
—Tengo ganas de ayudar a que prosperen los fabricantes de *whisky*. Los pobres se están arruinando.
—Anoche me dejaste con la palabra en la boca después de asegurarme que habías sido esclavo antes de la Guerra de Secesión. No lo sabía. No podía imaginarlo tan siquiera.
—Olvídalo.
Kelly bebió también un vaso de *whisky* e hizo un gesto con la cabeza como si, en efecto, quisiera olvidar todo aquello.
—¿Dónde has estado? —preguntó al fin.
—A unas cuatro millas de aquí. Tenía una cita.
—¿Con quién?
—Con Gallagher y Murphy.
—Gallagher. ¡Diablos! ¿Aún tiene el coronel la misma pinta de asesino que al terminar la guerra?
—La misma.
—¿Qué querían?
—Que les hablara de nuestro trabajo. Pero se han mostrado muy razonables y comprensivos. No me han metido ninguna prisa.
Kelly bebió otra copa de *whisky*. Parecía obsesionado por una sola idea que le costaba expresar.
Al fin encontró las palabras.
—No sabía que en el Sur hubiese habido también esclavos blancos. Creí que sólo eran esclavizados los negros.
—Algunos blancos también.
—¿Entre ellos tú?
—Sí.
—Confieso que no lo entiendo.
—Ésa es una época ya muy lejana de mi vida, Kelly. Prefiero no hablar de ella ahora.
—Claro, lo comprendo.
A Lane le dolió que su compañero pudiese creer que no tenía confianza en él.
—Yo soy hijo de padre blanco y madre negra —explicó en voz muy baja, sin mirar a ninguna parte—. No lo parece, ¿verdad? Sin embargo, es así. Mi madre era esclava. Mi padre murió ahorcado y yo estuve sometido a esclavitud hasta que logré escaparme, poco

antes de que el Sur se declarara independiente y empezase la guerra. Mi dueña era una sola mujer, una de las mujeres más ricas de Virginia y de todo el Sur. Se llamaba Norma Len.

A Kelly se le había quedado un sorbo de *whisky* entre los labios, sin poder beberlo, ni expulsarlo. Tenía los ojos muy abiertos y miraba asombrado a su amigo. Al fin susurró:

—¿Por qué tuviste que huir? ¿Sólo porque te agradaba la libertad y querías ser dueño de ti mismo?

—No.

—¿Por qué entonces?

Lane hizo una mueca con los labios antes de dar a Kelly la respuesta.

Luego dijo:

—Tuve que huir no porque me importase la libertad, sino porque dije a Norma Len que me gustaba y la besé en la boca delante de todos los servidores de su hacienda. ¡Ah! De paso maté a su prometido, un tipo despótico que se había negado a dar medicinas a mi madre cuando ésta estaba a punto de morir. Pero al lado de los labios diabólicos de Norma, ése llegó a ser un detalle sin importancia.

* * *

Kelly bebió con lentitud el *whisky*.

—Es extraño —susurró.

—¿Qué es lo que te parece extraño?

—Tuve desde el primer momento ese presentimiento.

—Pues te felicito, amigo. Dedícate a adivinador y podrás hincharte de ganar dinero.

—El Destino tiene jugarretas muy extrañas —dijo Kelly pensativamente—. Ahora esa mujer está a tus pies. Para vivir tiene que jugar y hacer sociedad con un truhán como Pershing. Es la viuda del pistolero Merlin. La viuda de Merlin, ¿entiendes? Esto significa que está marcada con el hierro de los perseguidos. Y tú dices que ha sido una princesa…

—Es una princesa.

—Tú estás enamorado de ella, Lane.

Lane lanzó una carcajada seca, un poco brutal, mientras miraba al trasluz el contenido de otro vaso de *whisky*.

—Más vale que no hablemos de eso, Kelly.

—Está bien, no hablaremos de eso si tú no quieres. ¿Qué te han dicho Gallagher y Murphy?

Rechinaron un momento los dientes de Lane.

—Hemos hablado de esa mujer.

—¿De ella precisamente?

—Sí.

—¿Y qué te han dicho?

Lane se encogió de hombros.

—Lo sabrás a su tiempo.

—Quiero saberlo ahora, Lane. Me han enviado para ayudarte y necesito saber qué clase de instrucciones tienes. No puede haber secretos en esto. ¿Qué te han ordenado?

Lane respondió secamente:

—Que la mate.

CAPÍTULO V

Las puertas del saloon se abrieron como se habían abierto aquella noche, igual que si una mano femenina las empujara con mucha suavidad. Los batientes temblaron dejando paso a la mujer. En el saloon se fue haciendo poco a poco un espeso silencio.

Lane volvió la cabeza.

—Es increíble —musitó Kelly.

Norma Len volvía a estar allí. No lucía el vestido de la otra noche, sino un vestido rojo más atrevido aún. Caminó sobre sus altísimos tacones hasta una mesa situada en el centro del local y se sentó ante ella con estudiado descuido, cruzando las piernas.

Todos la miraban, pero nadie decía una palabra. Quizá algún hombre se hubiese atrevido a jugar con ella de no estar allí Lane. Pero daba la casualidad de que Lane se encontraba apenas a doce pasos de la mesa elegida por la mujer, mirándola también.

Todos sabían que dos noches antes Lane había murado a Rackett cuando éste insultó a Norma, y sabían también que luego había matado a tres de sus pistoleros. Por eso nadie se movía de su asiento. Durante unos minutos el saloon pareció una tumba.

Por fin Norma preguntó:

—¿No se están aburriendo demasiado, caballeros?

E hizo que se extendieran entre sus manos, como un acordeón, todas las cartas de un mazo.

Kelly musitó:

—No sé cómo se ha atrevido. Pershing no se ha acercado por aquí. Es ella, sólo ella, la que te desafía.

—Me gustan las mujeres valientes —susurró Lane sin dejar de mirarla—. Lástima que todas acaben mal.

Norma dijo en voz alta:

—Nunca hubiese imaginado que en Texas hubiera una ciudad tan podrida como ésta, donde los hombres ni siquiera se fijan en las damas.

—Todos nos estamos fijando en ti, nena —dijo un tipo medio borracho que se encontraba apoyado en la barra.

Pero ese tipo calló al notar que ella se fijaba exclusivamente en un hombre: Lane.

—Nadie se atreve a jugar —dijo ella despectivamente—. Hay aquí algunos hombres que lucen revólver pero que llevan el miedo metido en el cuerpo. Me dan pena.

Lane se puso en pie.

—Lárgate de aquí —dijo.

—¿Sí, guapo?

Ella extendió las cartas sobre la mesa y las volvió a recoger con un hábil movimiento digno de una jugadora profesional.

—Siéntate.

Lane se sentó.

Poco a poco los que estaban en el local se atrevieron a hablar de nuevo. Las voces subieron, aunque manteniéndose en un discreto medio tono. El piano que estaba junto al tabladillo empezó a sonar.

Salió al tabladillo una artista y empezó a cantar una canción lánguida. Lo hacía en voz tan baja que apenas se la oía.

De todos modos, nadie la escuchaba. Los ojos de todos los presentes estaban fijos en la extraña pareja que formaban Lane y Norma, uno a cada lado de la mesa, sin hablar.

—Me han dicho que te preocupas mucho por mi salud —susurró ella al fin—. Me han dicho que no quieres que me pase nada.

—Pershing no tenía necesidad de darte ninguna clase de explicaciones.

—Somos socios. Mando yo tanto como él. Le he preguntado por qué no quería que jugase y no ha tenido más remedio que hablarme de ti y tus condenadas amenazas.

—Lárgate de aquí, Norma, enciérrate en el hotel y dedícate a cazar mariposas dentro de la habitación. Es un consejo.

Norma se echó a reír.

—Ya he visto la muerte cara a cara demasiadas veces, Lane.

—Por ejemplo, cuando mataron a Merlin, ¿no?

—Merlin será vengado.

—¿Qué harás? ¿Liquidar a Forbes, el hombre que lo mató?

—Fue un asesinato.

—Llámalo como quieras.

—Forbes aparecerá por aquí tarde o temprano y entonces lamentará haber nacido. Sé que sus propios compañeros le han obligado a separarse voluntariamente de los rurales. Pero como no se ha ido de Texas pasará por Dallas tarde o temprano.

—¿Qué motivos, podía tener Forbes para exterminar a Merlin antes de que lo juzgasen?

Norma rió con crueldad. Había en aquella risa algo vital, duro, salvaje; la sensación que causaría una tigresa si las tigresas supiesen reír.

—Forbes lo hizo porque estaba enamorado de mí.

—Pero ¿sabía ya que tú estabas encerrada con Merlin en aquella casa? ¿Sabía que eras su esposa?

—Él se lo dijo antes de rendirse, pero no le dio mi nombre. Forbes debía haber concebido ya la idea de matarlo sin traerlo ante el juez de Dallas, pero quizá no la hubiese llevado a la práctica. Pero en cuanto me vio empezó a disparar. Forbes quería que yo quedase viuda, es decir libre. Esperaba que así llegaría a ser suya algún día, con mi voluntad o contra ella.

—¿Te dejó marchar?

—Sus compañeros le obligaron a hacerlo. De lo contrario es posible que allí mismo, junto al cadáver de Merlin, hubiese tenido que defender mi honor. No tuvo más remedio que dejarme, pero me dijo que nos volveríamos a encontrar alguna vez.

—¿Qué hiciste luego?

—Fui caminando hasta el borde de la ruta de diligencias y allí, destrozada del todo, caí a un lado echándome a llorar. Pershing fue el primero que pasó por allí, me montó a la grupa de su caballo y me proporcionó alojamiento en un parador. Así nació nuestra sociedad. Así una de las mujeres más ricas del Sur se convirtió en una jugadora profesional de naipes y en la viuda de un demonio como Merlin. ¿No te doy pena?

Lane silabeó:

—Me das asco.

Un repentino rubor de odio asomó a las facciones de Norma Len. Enseñó los dientes en una media sonrisa.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque has sido la esposa de Merlin.

—¿Es que tienes celos, cariño?

—Algún día te besaré otra vez delante de todos, hasta dejarte sin respiración, y luego tú me clavarás una bala entre las cejas.

—Pero ¿te seguiré dando asco?

—Mucho más que antes, reina, a pesar de que esté loco por ti.

—Forbes y tú sois lobos de la misma camada. Si me quedo aquí es porque pienso matarte también. Tú, un antiguo esclavo que llegaste a oficial en el ejército del Norte, no mereces otra cosa.

—Será una maravilla morir así —rió Lane—. Pero si de verdad quieres matarme, lárgate de este saloon antes de que te liquiden a ti.

—Me largaré si pierdo a las cartas jugando contigo.

—Te advierto que yo soy ahora algo así como un jugador profesional.

—No me importa.

—Tú me obedecerás si pierdes. ¿Y qué haré yo si eres tú la que gana?

—Me entregarás tu revólver.

Lane rió otra vez.

—Quieres matarme con todas las garantías, ¿eh?

—Puede.

Ella arrojó las cartas a un lado, hizo una seña y pidió una baraja nueva. El mozo se la trajo sin dejar de mirar a Lane.

Lane, mientras tanto, observaba fijamente a la mujer.

Sabía que hasta el momento en que terminó la guerra ella no había tocado las cartas más que un par de veces. Probablemente no sabía jugar al póquer hasta que encontró a Pershing en la ruta de diligencias, a menos que Merlin la hubiera enseñado también. Pero de un modo u otro le notaría las trampas. Lane era un hábil jugador, y tenía interés en ganar aquella partida para que ella saliese del saloon, donde podían verla todos y donde corría peligro de muerte.

Repartió ella.

Lane examinó su juego y pidió:

—Carta.

Los espectadores se fueron aproximando poco a poco, hasta

rodear la mesa. Norma tomó carta también.

—Siento que tengas que entregarme tu revólver —sonrió—. Te va a costar la vida.

—Aún no te lo he entregado, preciosidad. Carta.

Tomaron los dos otra vez.

Él se plantó.

—Póquer de corazones —dijo.

Sabía que Norma no había hecho ninguna trampa y que así no podía ganar.

Ella sonrió arrojando sus cartas sobre la mesa.

—Escalera real.

Lane creía estar viendo visiones. No era posible, diablos. Era la primera vez que le pasaba aquello. ¡Y precisamente con una mujer!

Norma Len sonreía.

—¿Convencido? —preguntó.

—Tienes que haber hecho trampas, pero me maravilla tu habilidad. No sé cómo has podido componértelas.

—Merlin era un diablo. Me enseñó. Y son muchos los que me llaman ahora la Esposa del Diablo.

—Odio ese nombre.

—¿Porque te recuerda al otro?

Lane escupió una maldición en voz baja.

—Ya no soy el tipo honrado y pacífico que conociste, Norma. Me he convertido en uno de esos granujas que besan a la fuerza a las mujeres y que las golpean de vez en cuando. Un tipo ideal para que tú lo mates, Norma, pero mientras tanto será mejor que no me provoques.

—Dame tu revólver.

Lane hizo una mueca con los labios y pareció comprender entonces por primera vez que había perdido la partida.

—Puedo comprar otro —sonrió.

—Pero no estarás acostumbrado a él, y además puede que no te quede tiempo para comprarlo.

—¿Por qué?

—Ése es asunto mío. Dame tu revólver.

Lane sacó con dos dedos el arma de su funda axilar y la depositó encima de la mesa. Su revólver era un hermoso «Colt» de cañón corto, cachas de marfil y gatillo suavísimo. Una sola mirada le bastó

a Norma para apreciar su calidad.

—Muy bien, Lane, ahora supongo que ninguno de estos caballeros te tendrá miedo y podremos divertimos todos juntos con unas cuantas partidas. ¡Pueden acercarse, amigos! —gritó—. ¡El gato ha tenido que cortarse las uñas por esta noche!

Sonaron carcajadas y varios clientes habituales del saloon se acercaron a la mesa para jugar.

Lane se puso en pie sin dejar de mirar a la muchacha, curvados sus labios en una sonrisa de deseo y a la vez de desafío.

—Volveremos a hablar de esto —susurró.

—¿Tú crees que tendrás tiempo? —preguntó Norma.

Lane no comprendió al principio.

Pero luego se dio cuenta de lo que todo aquello significaba, cuando tres hombres —los tres pistoleros de confianza del difunto Rackett—, entraron en el saloon con sus revólveres amartillados.

Capítulo VI

Los tres estaban dispuestos a disparar.

Bastaba ver sus ojos, sus bocas ansiosas y la decisión con que empuñaban las armas. No habían venido allí a perder el tiempo, sino a vengar a su jefe.

Lane se puso en pie y sonrió.

—No tengo armas, caballeros.

—Mejor —susurró uno de ellos—. Así correremos menos riesgos.

—¿Se dan cuenta de que esto es un asesinato?

Los tres rieron a la vez.

—¿Y quién va a acusarnos de haberlo cometido? ¿El *sheriff*? Los antiguos pistoleros de Rackett hemos constituido una sociedad y ahora tenemos su dinero. Con él podemos comprar al *sheriff*, al juez y a media ciudad de Dallas.

—Entonces estamos todos de acuerdo en que al macar a Rackett yo les he hecho un favor —musitó Lane.

—Cierto, pero debemos vengarle. Además, no nos rusta la competencia en esta ciudad y tú eres demasiado peligroso.

Parecían acabadas todas las palabras. Lane se dio cuenta de que aquellos tipos le habían dicho todo lo que tenían que decirle y ahora iban a disparar.

En aquel momento intervino Kelly.

Pero Kelly fue demasiado noble.

Quiso avisar a los tres hombres que ya tenían las armas dispuestas cuando él no había hecho aún ademán de desenfundar el «Colt». Se puso en pie y gritó:

—Bueno, amigos, la fiesta no va a ser tan sencilla.

Los tres se volvieron como un solo cuerpo. Uno de ellos vio a Kelly y apretó el gatillo sin tener en cuenta que su enemigo aún no

había desenfundado las armas.

Kelly recibió el plomo en la tetilla derecha y cayó rápidamente, lanzando un gemido.

La herida era grave, pero su rápida caída le libró de una muerte segura, porque cuando sus rodillas se doblaban un verdadero huracán de plomo pasó aullando por encima de su cabeza.

Kelly rodó por el suelo, derribando la mesa. Los tres pistoleros tenían las miradas fijas en él.

Éste fue el momento que aprovechó Lane.

Antes de saltar creyó oír que Norma, detrás de él, le llamaba por su nombre. Pero no podía perder tiempo escuchando la voz de una mujer cuando delante tenía a tres hombres armados. Flexionó las piernas y saltó de repente, cruzando el aire del saloon como una bala de cañón hasta llegar a la barra, donde estaban los tres pistoleros.

Uno de éstos recibió el brutal impacto en el estómago, se dobló y disparó inútilmente al aire. Sus dos compañeros volvieron los «Colt» y antes de que lograran apretar el gatillo, Lane había saltado ya al otro lado de la barra.

Por un momento quedó invisible a los ojos de sus enemigos. Uno de éstos, el que había sido alcanzado por el cabezazo, se dobló retorciéndose de dolor. Los otros dos lanzaron al unísono una maldición mientras buscaban con los ojos a Lane.

Éste comprendió que su única posibilidad de salvación estaba en la rapidez, y que sólo viviría si lograba desplazarse como un cohete de un lado a otro de la barra.

Agazapado, corrió y salió otra vez a poca distancia de sus enemigos, pero ahora armado con una botella.

Le dio un seco golpe, sujetándola por el cuello, y rompió su vientre en pedazos. Cuando los dos pistoleros se volvieron de nuevo, él ya saltaba llevando en su derecha la rota botella, cuyos agudos cantos de cristal eran igual que puñales.

Lane sujetó la mano derecha del enemigo que tenía más cerca y desvió al disparo en el último segundo. La detonación retumbó sordamente en el saloon. Lane le clavó las agudas aristas en el cuello y le seccionó la yugular. El pistolero cayó, lanzando un alarido y perdiendo toda su sangre por la tremenda brecha.

Pero aún quedaban dos. Uno en el suelo y otro de pie. Lane,

comprendiendo que ya no tendría tiempo de asestar otro golpe, arrojó la botella y se lanzó en plancha contra el enemigo que seguía en pie. La bala de éste le rozó la cabeza, pero sin atravesarle. Rodaron los dos por el suelo, estrechamente abrazados, mientras el que antes recibiera el cabezazo se ponía en pie poco a poco.

Con el revólver engaritado entre los dedos, intentó hallar un momento de la salvaje pelea en que Lane se estuviese quieto. No lo consiguió. Los dos hombres rodaban con velocidad de serpiente, y aunque el otro intentaba inmovilizarle, Lane no estaba un solo segundo ante el punto de mira del revólver de su segundo adversario.

Éste pensó entonces que tal vez valiera la pena matar a su compañero si haciéndolo así eliminaba también a Lane, y se dispuso a rociar con plomo los dos cuerpos que luchaban ante él.

Fue en ese momento cuando Lane logró sujetar el revólver de su enemigo y, en un velocísimo movimiento, consiguió colocarlo bajo su barbilla. La detonación quedó apagada al penetrar la bala directamente en el cerebro del pistolero, que sufrió un calambre y quedó quieto instantáneamente, con una rigidez mortal.

Al quedar quieto su enemigo, se rompió aquella especie de «baile» que ejecutaban Lane y él. Lañe quedó al descubierto. Vio a dos pasos de él al otro pistolero, que le apuntaba con un brillo febril en sus ojos.

De soslayo creyó ver también que Norman se movía. ¿Pero qué importaba eso ya?

—Tira, valiente —susurró.

En aquel momento sonó una detonación.

El único pistolero que quedaba vivo tuvo un estremecimiento, levantó el revólver y disparó al techo mientras brincaba como un pelele. Luego cayó, casi junto a Lane. Éste vio entonces en su espalda una mancha roja que por momentos se iba haciendo más intensa.

Detrás, caído de bruces en el suelo, estaba Kelly, con un «Colt» humeante todavía en la mano derecha.

—Lo siento… —farfulló antes de perder el conocimiento—. Es la primera vez que mato a un hombre por la espalda…

Lane, aunque aún estaba medio desvanecido a causa de la bala que antes le había rozado la cabeza, se puso en pie y fue en ayuda

de su amigo. Kelly estaba perdiendo mucha sangre, pero dentro del saloon quedaban tres hombres que estaban mucho peor que él: tres muertos.

Sin esfuerzo, Lane se cargó a su compañero sobre los hombros y antes de salir del local dirigió un burlón saludo a Norma:

—Mis respetos, señora…

Había mucha gente a la puerta del saloon, atraída por el fragor de los disparos. Todo el mundo se hizo a un lado para dejar paso al que ya se estaba convirtiendo en uno de los peores pistoleros de Dallas y al herido que llevaba sobre los hombros.

La casa del médico estaba casi frente por frente del saloon. Lane llamó a la puerta a puntapiés y cuando le abrieron entró sin decir una palabra para depositar a Kelly sobre una mesa.

—Apuntáleme a éste —dijo al médico—. Le han dado con un plomo y se me está derrumbando.

El médico examinó a Kelly.

—Por poco le atraviesan el pulmón. Han tirado a matar. Necesita dos meses de cama.

—No diga tonterías.

—Sé lo que hablo. La herida es mala. Si me lo llega a traer quince minutos más tarde ya no hubiese respondido de él.

—En cuanto le diga a él que tiene que estarse quieto dos meses es capaz de asesinarle. Y ahora hágale la cura, aprovechando que está desmayado. Todos los gastos corren de mi cuenta.

El médico le miró.

—Es usted el que hace pocos días se presentó en Dallas como un jugador profesional, ¿no?

—Algo así.

—Pero no es un jugador profesional. Me he dedicado a observarle sin que se diera cuenta. ¿Y sabe qué impresión he sacado de usted?

—Tendría gracia saberlo.

—Usted es en parte un militar y en parte un pistolero. Más pistolero que otra cosa. No ha venido aquí a jugar ni a desplumar incautos, sino a algo mucho más importante. ¿Qué se propone hacer en Dallas? ¿Qué significan todos esos muertos?

Lane extrajo del bolsillo superior de su levita dos cigarros. Puso uno en el bolsillo correspondiente de la levita del médico y otro en

los labios del herido. Luego dijo:

—Fúmese esto a mi salud. Y siga observando, hermano. A lo mejor descubre cosas interesantes.

Depositó cincuenta dólares junto al herido para los primeros gastos, saludó y salió de la casa convencido de que dejaba a Kelly en buenas manos. Fuera, en la calle, encontró a dos hombres que parecían estarle esperando.

Lane los conocía y se detuvo un poco sorprendido al verlos. Eran Phil y Moley, dos viejos compañeros de armas en el Ejército del Norte. Les tendió la mano.

—No esperaba ver por Dallas a nadie del regimiento —dijo—. ¿Qué hacéis aquí?

—Te hemos visto antes salir de ese saloon llevando a Kelly sobre los hombros.

—Está herido, pero se repondrá después de un largo descanso. ¿Qué habéis venido a hacer aquí?

Phil, que era el más veterano, preguntó:

—¿Podemos hablar contigo?

—Sí, pero sin entrar en ningún saloon. Ya llevo demasiadas peleas desde que estoy en Dallas.

—Iremos caminando hasta las afueras de la población. Allí podremos hablar con tranquilidad —dijo Moley.

Caminaron en silencio hasta encontrarse en una zona de prados desiertos al norte de Dallas. Allí se sentaron bajo unos viejos árboles y encendieron cigarrillos.

Fue Lane quien empezó:

—¿Os ha enviado Gallagher?

—Sí —reconoció Phil.

—¿Por qué? ¿No se fía?

—No.

Lane arrojó por entre los labios una columna de humo mientras sus ojos brillaban peligrosamente. Luego, de pronto, casi sin transición, se echó a reír.

—Tiene gracia. Lo peor es que le sobra razón, porque yo tampoco me fiaría.

—Sospecha que esa mujer, Norma Len, se encuentra en la ciudad y nos ha enviado para comprobarlo.

—¿La habéis visto?

—No, pero sabemos que está aquí. Casualmente hemos visto su nombre en el libro registro del hotel donde nos hospedamos.

—Pues ya lo sabéis todo.

—Esto no es una broma —insistió Moley—. Son muchos los hombres muertos que reclaman venganza.

—Lo sé.

Dio una larga y pensativa chupada a su cigarro, mientras miraba a los dos hombres. Los dos eran jóvenes, valientes y tenían por el momento arruinada su carrera. Lane se encogió de hombros con pesadumbre. ¡Las cosas se encadenaban en la vida de un modo tan extraño!

—Todo empezó con aquella emboscada —susurró—. ¿La recordáis? Veinticinco muertos.

—Una emboscada donde menos podíamos imaginar —dijo Phil pero eso fue solo el principio. Un par de meses después estallaron los depósitos de municiones de nuestro regimiento y hubo más de cincuenta muertos. Fue entonces cuando empezaron a llamarnos el Regimiento de la Muerte. Sin saber cómo, caíamos en toda clase de emboscadas y de trampas, y al fallar nosotros fallaban todos los regimientos del sector. Llegó un momento en que nadie quería luchar cerca del XI de Infantería porque se decía que eso significaba morir.

Moley dijo entonces:

—No cabía duda de que el enemigo conocía todos nuestros movimientos y todos nuestros secretos.

—Eso está fuera de discusión —dijo Lane—. ¿Recordáis el tiempo que nos pasamos tratando de averiguar quién podía ser el espía?

—Casi un año, durante el cual el regimiento fue diezmado varias veces y perdió a casi todos sus oficiales. Llegó un momento en que a excepción de Gallagher, el coronel, sólo quedábamos cuatro o cinco de los antiguos.

—Lo que entonces no entendíamos —explicó Phil pensativamente—, era cómo se podían trasmitir los mensajes al enemigo si éste estaba casi siempre a mucha distancia de nosotros, y si por la noche no había fogatas ni se producían deserciones. Nos estuvimos devanando los sesos hasta que averiguamos lo de los caballos.

—Los veloces caballos del Sur —musitó Lane.

—Todas las noches, antes de caer en una emboscada, oíamos los cascos de un caballo —recordó Moley—. Hubo algunos supersticiosos que creían en una especie de jinete fantasma. Pronto nos convencimos de que los del Sur enviaban a un hombre montado a caballo hasta nuestras líneas, pero como acercarse demasiado a ellas significaba morir, ese hombre, abandonaba su caballo a unas quinientas yardas, excitándolo para que el animal avanzase un poco más. Esto distraía nuestra atención y entonces alguien arrojaba con un arco una flecha hueca en la dirección en que se hallaba el sudista. Dentro de la caña de la flecha estaba el mensaje. El sudista la recogía y volvía a su campo a pie. Naturalmente, el tirador de arco debía tener para eso una puntería excepcional. Incluso una vez se dio el caso de que el sudista fue capturado.

Los otros dos hombres asintieron con un movimiento de cabeza.

—El misterioso espía —siguió diciendo Moley—, vio entonces que su mensaje nunca podría llegar al destino señalado y tuvo una idea feliz, pero que sólo un endiablado tirador de arco podía haber llevado a la práctica. Disparó su flecha contra un anca del caballo, hiriéndolo solo ligeramente. El animal, enloquecido por el dolor, volvió a su campo a gran velocidad como hubiera hecho cualquier otro caballo del mundo. Fue inútil intentar atraparle porque la querencia y el dolor de la herida parecían haberle puesto alas en los cascos. Luego los sudistas no tuvieron más que desclavarle la flecha.

—Y al día siguiente —rememoró Phil— caímos en otra emboscada.

—Yo he pensado muchas veces que entonces debíamos ser muy tontos —dijo Lane en voz baja—. Si sabíamos ya que el enemigo había recibido un mensaje, ¿por qué no tomar más precauciones? ¿Cómo era posible que a pesar de ello cayéramos siempre en la trampa?

—Todo tiene una explicación: no sabíamos qué clase de mensaje había recibido el enemigo. Nunca nos fue posible hacernos con una de esas flechas huecas.

—De todos modos, es extraño… Muchas veces he pensado en ello sin encontrar nunca una respuesta.

—Dejemos eso ahora —dijo Phil—. El enemigo tenía todas las ventajas y nosotros íbamos a ciegas. Pero lo cierto es que entonces

llegamos a la conclusión de que la espía era una mujer llamada Norma Len, una de las mujeres más ricas del Sur y partidaria fanática de los Confederados. Tú, Lane, la conocías bien.

Lane hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

No dijo que había sido su esclavo. Eso sólo Kelly lo sabía. Pero era cierto que la conocía bien, demasiado bien…

—Todas las emboscadas y trampas en que caímos —recapituló Moley— sucedieron en un plazo de tiempo relativamente corto, mientras nuestro regimiento estaba en línea en las inmensas posesiones de esa mujer. Ella, a pesar de que en cierto modo era una prisionera, se movía con libertad por los alrededores, sonsacaba los secretos a nuestros oficiales cuando éstos visitaban su casa y tiraba con arco endiabladamente bien. Eso nos convenció de que era ella la culpable de todo.

—Pero ¿la interrogasteis alguna vez? —preguntó Lane.

—Yo mismo —dijo Phil—. Cuando las acusaciones contra ella fueron concretas y graves, le dije que iba a ser sometida a un Consejo de Guerra y que probablemente terminaría en la horca. La verdad es que entonces me maravilló su valor. No se impresionó en absoluto. Me dijo que nos despreciaba a todos como unos perros sarnosos y que lamentaba no haber podido hacer más por la causa del Sur.

—Pero ¿confesó que era ella la que había enviado todos aquellos mensajes? —preguntó Lane.

—No dijo exactamente: «Yo soy la espía que buscan» con estas palabras, pero su actitud era tan clara que no hacía falta más. Iba a llevármela al campamento cuando los sudistas lanzaron aquel repentino ataque por el sector más desguarnecido y arrollaron nuestras líneas. Yo fui herido y tuve que preocuparme exclusivamente de salvar a mis hombres, sin acordarme ya más de Norma Len. Al volver a aquellos campos, después de derrotar a los confederados, Norma había desaparecido. Su casa era un montón de ruinas humeantes; lo único que nuestra artillería había dejado en pie eran unos cuantos muros renegridos. Buscamos el cadáver de Norma inútilmente. Ella había desaparecido. E imaginé entonces cómo nos debía odiar, después de haber visto destruido todo lo que era la razón de su existencia.

Moley dijo:

—Una prueba más de que esa mujer era la única culpable la constituye lo que sucedió a partir de entonces: no volvimos a caer en ninguna emboscada más. El XI de Infantería terminó la guerra normalmente y dejó de ser el Regimiento de la Muerte. Hasta que el Estado Mayor dijo que habíamos sufrido demasiadas bajas durante la campaña y destituyó provisionalmente a todos los oficiales acusándolos de incompetencia. Eso ha arruinado nuestra carrera, Lane. Nos ha convertido casi en unos vencidos. Sin profesión, sin dinero.

—Las cosas no podían quedar así —murmulló Phil— y por eso nos juramentamos bajo el mando de Gallagher para buscar a esa mujer por todo el Sur y arrancarle una confesión o bien hacerle pagar sus crimines con plomo candente. Cuando supusimos que se encontraba en las inmediaciones de Dallas echamos a suertes quién debería eliminarla, y la suerte te señaló a ti, Lane. Ahora Moley y yo hemos venido a la ciudad porque sospechábamos que Norma se encontraba en ella. Tú la has visto y la has hablado, Lane. ¿Por qué esa mujer no tiene ya la cabeza atravesada? ¿Qué te impide cumplir lo que juraste?

Durante unos momentos entre los tres hombres reinó un espeso silencio, sólo roto por el rumor suave de sus espuelas cada vez que movían los pies.

—¿Es que acaso hay alguien que la protege? —preguntó Phil—. ¿Ha contratado pistoleros?

—Si los hubiese contratado ya no vivirían —susurró Lane—. Desde que estoy en Dallas he tenido que matar a una montaña de hombres.

—Eso es lo que se rumorea en todas partes.

—¿Por qué se casaría ella, al fin y al cabo, una gran dama, con un pistolero como Merlin? —preguntó Phil—. ¿Qué buscaría?

—Merlin era un verdadero demonio con el «Colt» —susurró Lañe —. Quizá Norma deseaba tenerlo a su disposición cuando llegara la hora de ajustar cuentas.

—¿De ajustar cuentas a quién?

—A mí, por ejemplo…

—¿Qué hay entre tú y esa mujer? —preguntó Moley inclinándose hacia adelante—. ¿Cuándo la conociste?

—No la he conocido nunca. Porque nunca se termina de conocer

a una mujer como Norma.

—Eso no nos importa —cortó duramente Phil—. Tampoco a ti terminaremos de conocerte nunca, Lane. Pero liquidas a esa mujer antes de mañana o la liquidaremos nosotros.

—¿Por qué tanta prisa?

—Tienes veinticuatro horas, Lane, hasta mañana por la noche. Piensa que esa mujer merece la muerte. No importa que sea bonita. Es una alimaña a la que hace falta aplastar.

—Pero si tienes algún inconveniente —ofreció Phil—, haremos ese trabajo nosotros.

—No me importa la belleza de esa mujer —musitó— ni los recuerdos que me unen a ella. Simplemente ocurre que no la mataré a sangre fría, sino que he de darle alguna oportunidad para defenderse. Mañana provocaré esa oportunidad; hay en Dallas muchos pistoleros que se jugarán la vida por un beso de Norma. Cuando sepa que está bien defendida acabaré con ella.

Extrajo su revólver y lo contempló pensativamente. Hubo entre los tres hombres un silencio denso, casi angustioso.

—¿A dónde queréis que os envíe su cadáver?

Capítulo VII

La mujer tensó el arco ante la abierta ventana, irguiendo el busto juvenil, pero desafiante y poderoso. Aquella ventana daba a la pradera, en la parte posterior del hotel. Había un añoso árbol a unas doscientas yardas. Norma acabó de tensar el arco y luego soltó la flecha, que salió disparada a través del aire hasta clavarse en mitad del tronco.

Fue un tiro maestro que hasta a un indio le hubiese sido difícil igualar.

El hombre que estaba junto a Norma gruñó:

—¡Diablos!

—Antes solía entrenarme todas las mañanas —dijo Norma—. Ahora he perdido facultades.

—¿Quién la enseñó a disparar con arco?

—Un par de viejos indios que figuraban entre los sirvientes de mi casa. Empecé a entrenarme desde niña.

—Se nota. Teniendo un arco y una flecha podría matar a distancia a cualquier hombre con más seguridad que un pistolero profesional. Y la muerte sería silenciosa. ¿Ha pensado en que ésa es una importante ventaja? Cuerno, yo lo pensaría.

—Si lo que quieres decir es que yo haría mejor el trabajo, puede marcharse —aclaró Norma—. Sobran pistoleros en Dallas.

—No he dicho eso. Yo fui lugarteniente de Merlin… y le apreciaba. También apreciaba a su mujer.

Los ojos del pistolero iban siguiendo con deleite cada curva y cada relieve del cuerpo femenino.

—Sólo fui su mujer tres horas, desde la ceremonia en el Juzgado hasta que nos acorralaron en aquella cabaña. Procure no olvidarlo, Sanders… por su propio bien.

—Es difícil olvidar que es usted una mujer, señorita Len. Una real mujer. ¿Por qué se casó con Merlin?

—Merlin era un diablo con el revólver.

—Sí, y por eso a usted la llaman la Esposa del Diablo. Pero yo también lo soy. Yo puedo competir con cualquiera.

—Para eso le he contratado, Sanders.

—Quiere que agujeree a ese tipo, ¿no?

—A un tipo llamado Lane.

—Ha tumbado a muchos hombres desde que llegó a Dallas, pero conmigo morderá el polvo.

—Por eso le he llamado. Porque sé que es uno de los hombres más rápidos manejando el «Colt» que hay en todo Texas.

—Llevo dieciocho muescas en los revólveres, y conste que me los compré hace un año solamente.

Ella se dejó caer sobre una de las butaquitas del dormitorio y cruzó las piernas descuidadamente.

Los ojos de Sanders continuaban posados en su figura.

—Pero tendrá que matarlo cara a cara —dijo Norma con lentitud—; no quiero un asesinato, sino un desafío. A pesar de lo mucho que detesto a ese hombre, quiero que caiga viendo el revólver que lo extermina. Recuerde eso, Sanders, cuando llegue la hora de actuar.

—Lo mataré cara a cara, y le haré caer de rodillas antes de enviarle la última bala.

—Eso estará bien… si es que puede conseguirlo.

—Lo conseguiré.

Sanders, un tipo moreno de unos treinta años, más bien bajo, pero de espaldas hercúleas, movió sus brazos descomunales y apoyó las manos en las culatas de los revólveres.

—Nada tan fácil —aseguró.

—El precio consistirá en todo lo que gané jugando anoche —dijo Norma—. Tengo cinco mil dólares a su disposición.

—Me importa más la mujer que los cinco mil dólares —declaró Sanders—. Mucho más.

—Le advierto que, si un día intenta tocarme morirá con una flecha clavada en la espalda, Sanders.

Él sonrió.

—¡Qué difíciles se ponen las mujeres a veces, sólo para que uno

las desee más! Está bien, paloma. Mataré a ese hombre y luego hablaremos de la recompensa. Pero ¿puedo saber qué se propone con todo esto? ¿Por qué maneja los naipes en Dallas como si fuera una aventurera?

—No le he hecho venir a mi habitación del hotel para que me haga preguntas, Sanders.

—Pero yo las hago.

—Está bien; si quiere conocer todas las verdades de este mundo antes de que Lane le mate, por mí puede conocerlas; odio a ese hombre porque fue mi esclavo, porque un día lo tuve bajo mis pies y, sin embargo, ahora pertenece a los vencedores y él y sus amigos han destrozado mis viejas tierras del Sur. Usted quizá no lo comprenda, Sanders, pero yo quiero volver a ser una mujer rica y poderosa. Quiero volver a levantar mi mansión señorial donde estuvo un día y casarme con un hombre que sea respetuoso y digno, no un aventurero como usted, como Lane, como todos los que hoy día mandan en Texas.

—No lo encontrará —dijo Sanders.

—¿Quiere decir que ya no quedan caballeros? Pues se equivoca, Sanders. Aún hay algunos en Texas, en Alabama, en Luisiana, en el viejo sur. Los hombres como Lane nunca podrán destruirlos.

—No me dirá que Pat Merlin era un caballero, ¿eh?

—Aspiraba a serlo. Quería cambiar de vida y en cierto modo me compadecía de él. Ambos nos necesitábamos: él para aprender conmigo cosas que nunca supo; yo para disponer de su revólver contra los hombres como Lane y contra todos los enemigos del Sur.

Sanders lanzó una carcajada.

—¿Y ahora quiere hacer fortuna jugando a los naipes?

—Muchos se han hecho ricos en Dallas en el transcurso de una sola noche. Pershing, un viejo tahúr, me ha enseñado todos los trucos. No puedo perder una sola partida.

—Claro, porque los hombres tienen los ojos fijos en usted y no en las cartas. Además, ése Lane le hizo un bonito favor matando a Rackett, ¿no? Rackett no la hubiese dejado actuar con libertad.

—Lane mató a Rackett no para ayudarme, sino porque tiene sangre e instintos de pistoleros. Cuando ve a un hombre armado delante de sus ojos, un ciego instinto le ordena disparar.

Sanders lanzó una carcajada.

—Entonces cuando me vea a mí va a haber jaleo. Pero a partir de hoy Lane ya no disparará más. Por la noche vendré a recoger esa recompensa. ¡Ah! Y no lo olvide. Con ese vestido me gusta usted más.

Separó las manos de las culatas y con movimientos de gorila se dirigió hacia la puerta. Norma estuvo a punto de llamarle, estuvo a punto de decirle que olvidase lo de Lane. Porque de repente comprendió que Sanders moriría si se enfrentaba con Lane. Y aunque Sanders era un canalla se arrepintió de haberle contratado para eso.

—Oiga… —llamó.

—No tengas tanta impaciencia, nena —dijo Sanders volviéndose con una sonrisa burlona—. Esta noche volveré para cobrar la recompensa y te dedicaré todo el tiempo que haga falta.

Norma se mordió los labios. No contestó. Su orgullo le impidió explicar lo que sentía.

Al salir a la calle, Sanders se fijó en que el sol caía de lleno y en que apenas era posible ver si uno se le colocaba de cara.

Caso de encontrar a Lane podría desafiarle e ingeniárselas para que él quedara frente al sol. Lane apenas podría verle, deslumbrado por sus rayos, y si se colocaba la mano izquierda como pantalla demostraría claramente que sólo podía disparar con la derecha. En esas condiciones era muy difícil que Lane le alcanzase con su plomo.

Pero Sanders no era de los que pelean cara a cara. Deseaba estar más seguro. Deseaba que su enemigo no tuviera la más mínima probabilidad de defenderse.

Vio entonces a Lane.

Lane salía de casa del médico, donde estaba reponiéndose su amigo Kelly, y se dirigía al almacén más importante de Dallas, un almacén donde se vendía de todo, incluso flores.

Sanders lo siguió discretamente y se detuvo ante los cristales de la puerta del almacén cuando Lane hubo entrado. Vio que estaba hablando precisamente con la dependienta que vendía flores, y se sorprendió. ¿Para qué quería flores un tipo de aquella clase? ¿Para enviarlas a sus víctimas?

Sanders tuvo un estremecimiento.

Sin embargo, continuó siguiendo a Lane cuando éste salió del

almacén, y se sorprendió aún más viéndole dirigirse a casa de un marmolista que tallaba lápidas.

Como aquel establecimiento no tenía puertas, Sanders se situó cerca de la entrada, fingió estar liando un cigarrillo y se enteró de toda la conversación.

Lane entró y dijo:

—Buenos días. Desearía encargar una lápida.

—Naturalmente, señor. Y acepte mi más sentido pésame. ¿Es para algún familiar muerto?

—No. Es para alguien que va a morir.

—Di… di… ¡diablos!

—Quiero una lápida del mejor mármol que tenga, a ser posible en mármol rosa. Es para la tumba de una mujer.

—Si es para una señora mayor que esté enferma, le aconsejo unas lápidas con flores grabadas que son una maravilla.

—No es para una señora vieja y enferma. Es para una señorita joven y que disfruta de excelente salud.

—Bu… bu…, bueno. En tal caso se la daré de mármol rosa…

Le señalaba unas cuantas lápidas ya talladas. Lane escogió la más cara y más bonita.

—Ésta.

—La costumbre es abonarla por anticipado, aun cuando se tarde algún tiempo en colocarla.

—Podrán colocarla esta misma noche.

—Son trescientos dólares con inscripción y todo. ¿Qué desea que pongamos como recordatorio?

Lane pagó y luego dijo:

—La inscripción será ésta, sencillamente: «A la hermosa Norma Len, de sus viejos amigos del XI de Infantería».

—¿Norma Len? ¿No es esa muchacha que parece una reina, pero que juega en los saloons como si fuese una aventurera?

—Procure que las letras de la inscripción sean elegantes y aristocráticas —dijo Lane por todo comentario—. Ella es una dama.

Salió del establecimiento sin mirar a ninguna parte. Sanders le siguió. Como la calle principal de Dallas estaba muy concurrida, era difícil que Lane lo notase. Durante cincuenta pasos fueron uno tras otro, siempre buscando Sanders un momento propicio para acribillarle por la espalda. De pronto Lane se encontró con alguien.

Era un tipo de irnos cuarenta y cinco años, que vestía con cierta elegancia. Llevaba un solo revólver, y notó en seguida que Lane lo saludaba con cierto respeto.

—Hola, Gallagher.

—Llámeme «coronel» Gallagher, si no le importa.

—Hola, coronel Gallagher. ¿Qué demonios está haciendo en Dallas? ¿No me había dado tres días de tiempo?

—He visto a Phil y a Moley.

—De acuerdo. Yo también los vi anoche y sé que fue usted quién los envió. ¿Qué pasa?

—Todos los viejos oficiales del XI estamos recelosos. Sabemos que esa mujer está aquí desde el primer día y va a escapársele de las manos. Si no tiene valor para acabar con ella, dejaremos que la suerte designe otro oficial más valiente que lo haga.

Lane le dirigió una sonrisa fría y cuadrada.

—¿Es que me está llamando cobarde?

—Usted no ha podido olvidar nunca que Norma Len es una mujer, y eso le detiene. Pero yo le digo que, si no como un cobarde, se está portando al menos como un estúpido. Norma Len no es una mujer; es una alimaña que se alimenta con sangre inocente.

—Eso mismo me dijeron Phil y Moley.

—Y usted les preguntó que dónde querían el cadáver de Norma. Ésa fue su respuesta. Pues bien, yo le digo que lo queremos en el cementerio de Dallas… ¡y esta misma noche! Es la última oportunidad que le ciamos antes de que tenga que enfrentarse con todos nuestros revólveres.

—¿Tanta prisa tienen por morir baleados los viejos oficiales del XI de Infantería? —rió Lane.

—Mis hombres no son unos novatos y le acribillarán, aunque usted tenga las venas hinchadas de podrida sangre de pistolero.

—Muy bien, no vamos a discutir eso. Lo único que me maravilla es la prisa que tiene por ver a esa mujer muerta.

—No soy yo quien tiene prisa. Son todos los que cayeron a causa de las emboscadas que ella preparó. Recuérdelo, Lane: tengo que ver su cadáver, esta misma noche.

—Le he encargado ya flores y una lápida.

—Muy galante, Lane. Usted nunca olvidará que es un caballero, aunque tenga sangre de forajido.

Hizo un gesto raro, que no se sabía si era una amenaza o un saludo, y se alejó. Lane quedó solo en el centro de la calle, donde había tenido lugar la conversación sin que nadie prestase atención a ella a excepción de Sanders.

Fue entonces cuando Sanders comprendió que tenía una magnífica ocasión para terminar su trabajo.

Lane estaba distraído, siguiendo con la mirada al coronel, y como además tenía el sol de espaldas no vería a Sanders en el primer momento, aunque se volviese. Una fracción de segundo bastaría para que Lane fuese aullando al barrio donde todo el mundo debe estar muy a gusto, porque nadie vuelve de él.

Sanders, protegido por la columna de un porche, empezó a sacar el revólver mientras miraba fijamente la espalda de su enemigo.

Estaba a unos siete pasos de él. Una distancia en que los disparos resultarían hechos casi a boca de jarro.

Tenía ya el revólver derecho medio sacado de la funda cuando Lane, sin volverse, dijo en voz alta:

—Voy a darle una oportunidad.

Sanders se estremeció. ¿Hablaba con él? ¿O es que Lane se había vuelto loco y ya empezaba a hablar solo?

—Me viene siguiendo desde hace rato —continuó Lane sin volverse todavía—, y sé que cuando un tipo sigue a otro es para acribillarlo por la espalda. Le estoy viendo reflejado en ese escaparate de nuestra izquierda y he podido seguir uno a uno sus movimientos. No sé si usted será supersticioso, amigo, pero ese escaparate corresponde al número 13 de la calle y es el de una funeraria.

Rechinaron salvajemente los dientes de Sanders. Comprendió que tenía que acabar. ¡Acabar!

—He dicho que iba a darle una oportunidad y se la doy —siguió Lañe—. Lárguese. No me gusta matar a la gente sin necesidad, y el premio que esa mujer puede darle no vale la pena.

Sanders recordó: cinco mil dólares y, si era listo, los rojos y tentadores labios de Norma. ¡Sí que valía la pena! ¡La vida de un hombre no era nada al lado de una sola mirada amorosa de aquella mujer!

Sacó su revólver del todo.

—¡Has hablado demasiado! —gritó.

Disparó cuando Lane se arrojaba al suelo, retorciéndose sobre el polvo y «sacando» con la derecha. Había estado mirando al cristal del escaparate y sabía exactamente dónde estaba Sanders. Mientras con la mano izquierda se protegía de los rayos del sol, disparaba con la derecha formando un medio abanico con sus balas. Sanders quedó en el centro de ese medio abanico. Los proyectiles segaron su cintura, quiso disparar otra vez y cayó sobre el polvo con un gesto de dolor.

Lane susurró:

—Lo siento, amigo.

Y fue en línea recta hacia el hotel donde se hospedaba Norma.

CAPÍTULO VIII

Ella, desde su ventana del hotel, había presenciado el desafío.

Cuando Sanders fue a sacar el revólver a espaldas de Lane, estuvo a punto de gritar para advertir al joven. En realidad, no supo si había gritado o no. Le repugnaban las traiciones y aquello lo era.

Luego resonaron los disparos.

Sanders cayó para siempre.

Y Norma Len se dio cuenta de que volvía a estar sola en la ciudad de Dallas. Sola y a merced del hombre que más despreciaba en el mundo, el hombre que fue su esclavo en otro tiempo.

Lo vio acercarse al hotel.

Norma abrió un cajón superior de la cómoda, extrajo un «Colt» de cañón corto y se sentó en una de las butacas, frente a la puerta, con el arma amartillada y lista para disparar.

Oyó los pasos de Lane en el corredor.

La puerta empezó a abrirse.

Norma apretó entonces los labios, en una mueca de decisión, y vació contra la hoja de madera todo el cargador de su revólver. Las seis balas dibujaron en la puerta seis puntos negros. Luego todo quedó sumido en un silencio espantoso, mientras la habitación se llenaba con el humo acre de la pólvora.

Norma se puso en pie de un salto. Estaba segura de que había acabado con Lane, con su peor enemigo. Y de repente, al pensar esto, una especie de desfallecimiento se apoderó de ella.

No supo explicárselo, pero era como si de repente acabase de matar una parte de su propia vida.

Abrió la puerta y estuvo a punto de lanzar un grito. Ni rastro de Lane en el corredor, que aparecía completamente desierto. Ni una mancha de sangre en la alfombra.

De pronto oyó unos discretos golpecitos a su espalda, como si alguien acariciase el cristal.

—¿Puedo entrar?

Norma se volvió en redondo. Por una de las ventanas de su habitación, situadas a su espalda, estaba entrando Lane. Y acababa de llamar con los nudillos en los cristales para reclamar su atención.

—Pero… —balbució Norma.

—He entrado en la habitación contigua, saltando luego por la ventana y pasando a ésta —explicó Lane con toda tranquilidad—. Por cierto, muchas gracias por la traca. Sólo había empujado la puerta con una mano, pero he tenido que retirarla al ver el recibimiento.

Rechinaron los dientes de Norma mientras levantaba el revólver otra vez.

—No te molestes —dijo Lane—. Las he contado antes bien. Seis balas.

Ella bajó el revólver, mientras miraba de soslayo el arco que estaba en un ángulo de la pieza.

—Tampoco tendrás tiempo de tensarlo —advirtió él—. Eres una excelente tiradora, pero los arcos y las flechas no sirven para nada dentro de una habitación.

—Subirá la gente del hotel. Han oído los disparos…

—En estos hoteles empieza a disparar un cañón y nadie se mueve —dijo Lane—. Si supieras la cantidad de pistoleros que se han alojado en esta misma habitación y han descargado aquí sus revólveres, te mareabas.

Norma le contempló mientras él acababa de entrar y cerraba la ventana. Su expresión era altiva, desafiante. A pesar de su miseria actual, Norma volvía a tener la expresión y la majestad de una antigua gran dama del Sur.

—¿Qué quieres, Lane?

—Sólo preguntarte por qué has contratado a ese pistolero.

—¿Cómo sabes que he sido yo?

—Me bastará preguntártelo. Sé que las grandes damas del Sur no mentían nunca. ¿Lo has contratado tú?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo derecho a defenderme. Sé que corro peligro y sé que tú

eres el hombre encargado de asesinarme.

—Ajusticiarte, querrás decir.

—¿Lo eres o no lo eres?

—¡Qué pregunta! ¿No tienes miedo a que te mienta? ¿No sabes que, al contrario de los señores, los esclavos del Sur, no hacíamos más que mentir?

—Has venido a Dallas para matarme, ¿no es así?

—Acabo de encargar tu lápida.

Norma se estremeció, pero fue solo un momento. En seguida su porte orgulloso volvió a renacer. Parecía como si ella estuviese por encima de la vida y la muerte.

—¿Por qué te han ordenado que acabes conmigo? —preguntó.

—Tú fuiste la causa de que muchos hombres de nuestro regimiento murieran.

—¿De veras lo crees?

—Enviabas mensajes al enemigo valiéndote de un arco como éste y de una flecha con caña hueca, donde colocabas el papel que había de llegar a manos de los sudistas.

Norma sonrió tristemente.

—Siento no haber hecho lo que dices. Era mi obligación hacerlo porque yo amaba la causa del Sur y vosotros erais mis enemigos, pero no fui tan valiente. Por desgracia no envié ningún mensaje dentro de la caña de una flecha.

—Yo creí que nunca mentías, Norma.

—No miento.

—Para todos es evidente que tú fuiste la culpable de la muerte de centenares de hombres. Cuando Phil te acusó de ello hace tiempo ni siquiera intentaste negarlo.

—No valía la pena.

—Pero te iba la vida en ello. Lo hubieses negado como lo niegas ahora. ¡Más de quinientas tumbas están ahora abiertas sólo por tu culpa, Norma! ¡Es ridículo que intentes justificarte!

—No me justifico. Lo niego.

—¡Es absurdo!

—¿Por qué? ¿Me viste tú acaso lanzar alguna flecha?

—Claro que no. Nadie pudo verte porque realizabas tu trabajo a la perfección, y yo te vi menos que nadie. Mientras el regimiento actuó en aquella zona no nos encontramos ni una sola vez.

—Lo sé, y siempre me ha llamado la atención eso. ¿Por qué parecías ocultarte?

—Aunque ahora te parezca increíble, Norma, lo hice para no causarte ninguna humillación.

Norma rió. En su risa había algo doloroso, pero también burlón e insolente.

Parecía como si a pesar de saber que iba a morir se estuviese burlando de Lane, el hombre que iba a matarla.

—¿Tú, un granuja profesional, no querías humillarme? ¿Por qué? ¿Es que has tenido alguna vez sentimientos, Lane?

—Entonces los tenía.

—¿Y ahora los has perdido?

Él acarició ligeramente la culata de su revólver.

—Sí.

—Me has explicado por qué tratan de matarme ellos —sonrió Norma, con desprecio—. Porque creen que vendí a los granujas de su regimiento. Pero ¿por qué me matas tú?

—No te entiendo.

—Tú tienes alguna razón personal, algo que los viejos oficiales del XI de Infantería no saben aún.

Lane se mordió el labio inferior tan brutal y violentamente que se hizo sangre, aunque no se dio cuenta.

—Sí, la tengo.

—¿Y cuál es?

—Que te casaste con Pat Merlin.

Ella rió otra vez con desprecio, aunque en sus ojos latía una recóndita llamita de dolor.

—¿Estás celoso, Lane?

—Pat Merlin no te merecía.

—¿Y tú? ¿Me mereces?

—Yo no te busco, Norma.

—Es ahora cuando estás mintiendo.

Se acercó un poco a él y sus movimientos sinuosos, palpitantes, aquellos movimientos de los que parecía desprenderse un extraño hálito vital, llenaron los ojos, del hombre.

—Mientes, Lane —repitió.

Estaba muy cerca de él y Sus labios se mostraban entreabiertos, apasionados, rojos…

Lane movió la mano derecha con brutal rapidez y le propinó dos secos golpes que la hicieron caer de rodillas al suelo, con los labios ensangrentados.

—¡Yo habré sido tu esclavo en otro tiempo, porque mis padres también lo fueron! —gritó Lane—. ¡Pero tú has sido la esclava de un canalla como Pat Merlin!

—Pat Merlin quería cambiar —susurró ella mirándole desde el suelo con ojos tras los que parecía esconderse un mundo de desafío y de rencor.

—¿Cambiar? ¿Acaso quería matar los hombres a puñaladas en vez de acribillarles a balazos?

—No sé por qué le aborrecías si al fin y al cabo los dos erais lobos de la misma camada.

—No le aborrezco ya. No se puede aborrecer a un muerto. Es a ti a quien desprecio, Norma.

—¿Porque fui su esposa?

—¡Porque entregaste todo lo que eres, todo lo que vales a un salteador de diligencias como Merlin!

Ella se puso en pie y le desafió con su busto, con sus labios, con la mirada enloquecedora de sus ojos.

—Estás celoso. No puedes resistir la idea de que yo haya pertenecido a otro hombre.

—Puede que aciertes, pero eso ya no importa ahora.

—¿Y si yo te dijese que sólo fui la esposa de Merlin durante tres horas? ¿Y si te jurara que no llegamos a tener ni un solo minuto de intimidad?

Lañé sentía que unas gotitas de sudor frío iban apareciendo en su frente. Su corazón latía de una manera desacompasada, sorda, haciéndole daño en el pecho. Nunca había sentido una cosa así. ¡Nunca! Y nunca había visto a Norma Len tan hermosa como entonces.

—¿Es cierto eso? —musitó—. ¿Es cierto que no fuiste en realidad la esposa de Pat Merlin?

—Apenas salir del Juzgado nos acorralaron en aquella casa.

Lane entrechocó los dientes.

—Entonces aún sentiré más tu muerte, Norma, pero no me detendré. Toma mi revólver y defiéndete. Yo te atacaré solamente con las manos.

—Pero ¿estás loco? ¿Es que quieres que te mate?

—Precisamente quiero que me mates… para no tener que matarte yo a ti.

Le entregó su «Colt».

Ella le miró, vacilando antes de tomarlo.

Y en ese momento se abrió bruscamente la puerta de la habitación, y Pershing, el hombre que había enseñado a manejar los naipes a Norma entró gritando:

—¡Forbes acaba de llegar a la población! ¡Forbes, el capitán de rurales que asesinó a Pat Merlin!

CAPÍTULO IX

Pershing no se había dado cuenta de que Lane estaba allí. Se estremeció al verle.

—Lo siento —dijo—. No creí que tuvieses visita, Norma. Este caballero y yo somos… viejos amigos. Tan amigos que no me alegra ni pizca encontrarme con él.

—No se preocupe, Pershing —dijo Lane secamente—. Dentro de poco podrá volver a jugar a las cartas otra vez porque yo no podré impedírselo.

—¡Diablos! ¿Va a marcharse de Dallas?

—Me van a echar.

Norma le apuntaba sin ninguna vacilación con el «Colt» que acababa de recibir de sus manos.

—¿No has dicho que ibas a atacar? —preguntó sin dar tiempo a que Pershing comprendiera el alcance de aquella situación—. ¡Pues ataca! ¡No creas que voy a detenerme!

Después de estas palabras, y sin mediar ningún otro aviso, levantó el revólver para acribillar a Lane.

Éste, con un movimiento puramente instintivo, sin reflexionar, se lanzó contra ella haciendo zigzag con el cuerpo.

Pershing gritó:

—¡Norma! ¿Qué vas a hacer? ¡Este hombre te salvó una vez la vida!

Ella apretó el gatillo. La bala pasó un poco alta, rozando la cabeza de Lane. Y antes de que la muchacha pudiera apretar el gatillo de nuevo ya tenía al hombre sobre ella, rodando por el suelo los dos.

Lane había obrado de una forma instintiva, guiado por el impulso que nos obliga a los hombres a defendernos antes de que el

pensamiento funcione, pero ahora comprendía que le importaba bien poco el que Norma le matase. Era la única mujer a la que había querido, la única a la que querría… Mejor ser rociado de plomo por ella que tener que exterminarla.

Por eso, apenas hubo evitado el primer disparo, ya no hizo ningún movimiento para recuperar el revólver.

Se puso en pie de un salto e hizo poner también en pie a la muchacha. Su movimiento fue tan brusco que le desgarró el vestido.

Ella seguía empuñando el «Colt» y se lo apretó contra el corazón sin que su mano temblara.

Lane susurró:

—Dispara, cariño.

La rodeó con los brazos y la besó en los labios. Su movimiento estuvo lleno de fuerza, de potencia, de dominio. Nunca Norma Len, que se debatía inútilmente entre aquellos brazos, había sido besada así. Tembló mientras la presión del cañón del revólver se hacía más intensa.

—¡Voy a disparar! —rugió apenas pudo tomar aliento.

—¿Qué crees que estoy esperando? —susurró Lane sin soltarla —. Cada uno elige si puede la clase de muerte que desea. Yo he elegido ésta. ¿A qué aguardas?

Se tensaron las facciones de Norma, como si fuese a disparar, pero al fin no lo hizo.

Sus labios se curvaron en una mueca, dejó caer el revólver al suelo y apretó los puños contra los ojos mientras se echaba a llorar doblándose sobre la cama que había junto a la ventana del dormitorio.

Pershing la contemplaba con asombro. Lane con una extraña expresión donde la pena se juntaba al deseo.

—¡No puedo disparar! ¡No puedo! —gimió Norma—. ¡Nunca podré matar así a un hombre!

—Pero contrataste a otro para que lo hiciera.

—Le dije que te desafiase cara a cara.

—Eres muy ingenua, paloma. Los tipos como Sanders sienten una rara debilidad por clavar todas sus balas por la espalda. Pero es cosa pasada, Sanders ya no te visitara para cobrar.

Los dos se miraron en silencio unos instantes. Ella, con los ojos anegados en lágrimas. Él, con una expresión dura que sin poder

evitarlo se enternecía por momentos.

Pershing cortó aquel silencio susurrando desde la puerta:

—Bueno, yo sólo he venido a decir que Forbes está aquí…

—¿Le acompaña alguien? —preguntó Norma poniéndose en pie.

—Desde que le expulsaron de los rurales va siempre con dos pistoleros. Están ahora en el Gizel Saloon, bebiendo. Andan igual, miran igual y parecen un solo hombre.

—Se ha buscado protección… —susurró Norma—. Peor para él.

Lane preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Porque prometí matarle y cumpliré mi promesa. Forbes no llegará a ver el próximo amanecer en Dallas.

—¿Tanto amabas a Merlin?

—Nadie ha dicho que le amase.

—Pero estás dispuesta a jugarte la piel por vengar su muerte.

—Hay momentos en que una mujer desesperada se casaría con el mismo diablo —dijo Norma secamente—. Pero, atm no amando a Pat Merlin, le vengaría igual porque aquello fue un asesinato. Lo fue con todas las agravantes, y por eso Forbes no merece vivir.

Lane dijo:

—No vivirá.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo lo liquidaré antes de que haya un nuevo amanecer en Dallas.

Dio media vuelta y salió, inclinándose junto a la puerta para recoger el «Colt». Norma le miraba con ojos desorbitados, sin comprender. Cuando hubo desaparecido, tuvo que ser Pershing el que dijo:

—Va a matar a Forbes sólo por una cosa.

—¿Por qué?

—Para que no le desafíes y él no te mate a ti. Puede que ese hombre te quiera más de lo que mereces.

—¡Fue toda su vida un esclavo! —gritó Norma apretando los puños—. ¡Nunca debió atreverse a mirarme a la cara!

—Ahora ya no hay esclavos, Norma.

—¡Pero el Sur resurgirá de sus cenizas!

Pershing se apoyó en el quicio de la puerta y dijo con calma, sus ojos perdidos en la ventana:

—Yo ya soy viejo, Norma, y he visto demasiadas cosas. Sé que el Sur no resurgirá. No volverá a haber legalmente esclavos en esta tierra ni las grandes familias mandarán en almas y cuerpos de centenares de personas. La nueva época pertenece en Texas y en todo el Oeste a los hombres decididos y enérgicos, a los que quieren crear un mundo nuevo e imponer una nueva ley. A los hombres como Lane.

—¡Los cementerios están llenos de hombres como él!

—Pero sus asesinos les acompañan tarde o temprano al mismo hoyo de tierra.

Norma apretó los puños otra vez.

—¿Qué quieres? ¿Que trate a Lane como un igual?

—Tú sabes ya que él es un igual. Todos tus antiguos esclavos han sido siempre iguales a ti, hasta cuando inclinaban su cabeza al paso de tu caballo. Si no hubieses estado deformada por la educación anticristiana de las viejas escuelas del Sur, habrías aprendido ya eso.

—¿Tú, un jugador profesional, hablas de las escuelas y de la educación cristiana? —preguntó ella con desprecio.

Pershing no se ofendió.

—He sido un granuja toda mi vida, Norma, pero ya te he dicho que ahora no soy más que un viejo. Y los viejos vemos las cosas con mucha claridad. A ti te encontré llorando un día en la ruta de diligencias porque habías cometido la equivocación de elegir para casarte a un hombre como Pat Merlin. Y ahora llorarás muchas veces hasta que encuentres otra vez a un hombre como Lane.

—¿Por qué un hombre como Lane? Hablas igual que si él estuviese ya muerto.

—Lane morirá en Dallas.

Norma se estremeció.

—Hablas con una seguridad tan pasmosa que parece como si fuese tú el que ha de matarle.

—No. Yo no le mataré. Ni tengo motivos ni soy lo bastante rápido con el «Colt» para acabar con un hombre como Lane. Pero le matará Forbes o le exterminarán sus antiguos compañeros de regimiento.

—¿Y por qué ellos?

—Porque a él le encargaron matarte a ti y él no lo hará. Esto

significará su muerte.

Norma abandonó su tensión nerviosa y las manos cayeron blandamente sobre sus costados, sin fuerzas. Una arruga profunda se marcó entre sus cejas. Pareció como si hubiese envejecido de pronto.

—¿Tú crees que le matarán?

—Estoy seguro.

Pareció como si ella quisiese dirigirse hacia la puerta, pareció como si fuera a hacer algo, pero al fin se detuvo pensativa y siempre con aquella arruga profunda marcada entre cejas.

—Por mí Lane puede morir —dijo secamente—. Y si lloro muchas veces hasta que encuentre otro hombre como él…, ¡mejor para todos!

Tomó el revólver que disparara antes contra la puerta y que estaba descargado, poniendo pensativamente seis balas en él. Pershing la miraba con asombro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al fin.

—Buscar a Forbes. Tengo una cuenta pendiente con él.

Se echó sobre los hombros una capa púrpura, que realzaba aún más su majestuosa figura, y salió de la habitación.

* * *

Lane empujó con el pecho los batientes, entró y las hojas de madera oscilaron a su espalda.

Dentro reinaba una suave penumbra que parecía completa obscuridad a causa del sol cegador que caía fuera, en la calle. El joven cerró los ojos un momento para acostumbrarse al nuevo ambiente.

Al abrirlos se dio cuenta de algo extraño. Había demasiado silencio dentro del saloon. No sonaba el piano junto a la tarima, pese a ser aquélla la hora en que el pianista solía distraer al público con su música. Las muchachas que de la mañana a la noche entretenían a los hombres en el saloon, estaban todas quietas en el rincón opuesto a la barra.

Pegados a esa barra había cuatro hombres.

Lane reconoció en seguida a dos de ellos. Uno era Forbes, el antiguo rural, vestido de negro y con dos revólveres nuevos al cinto. El otro era Stanley, presidente de la Junta de Vecinos de Dallas.

Junto a Forbes había dos hombres que no se despegaban un centímetro de él.

Los dos tenían un aspecto de pistoleros que hablaba por ellos, aun cuando Lane no los había visto nunca hasta entonces.

Forbes decía en este momento:

—Repita otra vez sus palabras, Stanley.

—Me ha oído bien, pero lo repetiré —dijo Stanley calmosamente —. En Dallas no queremos asesinos. De modo que, en nombre de todos los vecinos honrados, le invito a salir de la ciudad con sus dos amigos antes de que sea demasiado tarde.

Forbes lanzó una carcajada.

—Todas las casas de Dallas están llenas de asesinos desde los sótanos hasta el tejado.

—Pero no son como usted, Forbes. A usted le enseñaron lo que vale la ley y le acostumbraron a respetarla. Por eso es mucho más grave lo que hizo, al asesinar a Merlin, y por eso no queremos tenerle ni una hora más en la ciudad de Dallas.

—¿Y se ha atrevido a venir solo a decirme esto? ¿Sabe que mis amigos y yo podemos acribillarle por este insulto?

—No es un insulto, sino una advertencia. Y he venido solo para que no crea que pensamos atacarle. En realidad, le estoy dando una oportunidad para que deje la compañía de esos dos pistoleros y se convierta nuevamente en un hombre honrado, si es que lo fue alguna vez.

—Nos está insultando, compañero —dijo el que estaba a la derecha de Forbes.

—Llévese a estos hombres de aquí y será mejor para todos —murmuró Stanley.

Forbes lanzó otra carcajada, y esta vez Lane se dio cuenta de que miraba ya a Stanley como si éste fuese un cadáver.

—¡Ya ha gastado bastante saliva con nosotros, chupatintas! —gritó Forbes—. ¡Vamos, muchachos, a él!

Liquidar a un tipo como Stanley era para aquellos tres profesionales del gatillo una tarea monstruosamente fácil.

Tanto que no se dieron demasiada prisa en sacar los revólveres, recreándose con la expresión repentina de terror que había aparecido en el rostro del presidente de la Junta de Vecinos.

Cuando ya estaban tirando de las culatas, Lane musitó desde la

puerta:

—¿Es que queremos fiesta, amigos?

Los tres le miraron. Forbes, en especial, clavó en él sus pequeños ojos, parecidos a los de un reptil.

—¿Quién eres?

—Me llamo Lane.

—Tú ya has matado a muchos hombres en Dallas. ¿Qué quieres? ¿Que ahora te maten a ti?

—El que da tiene que recibir.

—Está bien, tú te lo buscas. ¡Acabemos con él!

Los tres se separaron instantáneamente, dando tres saltos hacia lugares distintos y actuando con la precisión de movimientos de los que están acostumbrados a actuar en equipo.

Lane se encogió, mientras tiraba del revólver de su funda axilar con una velocidad de pesadilla. Stanley creyó que era su obligación ayudarle e intentó «sacar» también. Forbes, que no le había quitado ojo de encima, disparó una sola vez y le voló la cabeza.

Con esto, además de eliminar a un enemigo, logró que Lane no se fijara al principio en él.

Porque los otros dos pistoleros le apuntaban ya con sus revólveres, y Lane tuvo que fijarse al principio en sus enemigos más directos, en vez de prestar atención a Forbes.

Los dos pistoleros estaban separados por unas cinco yardas de distancia, y sus revólveres convergían hacia la figura de Lane. Disparó primero contra el que tenía a su derecha y se arrojó al suelo, apoyándose en las tablas con la mano izquierda. El pistolero, alcanzado junto al corazón, cayó sin llegar a disparar. La bala del otro, que tiraba bajo, rozó la cadera de Lane, causándole un punzante hilo de sangre junto a la cintura. Lane disparó dos veces rabiosamente, con los músculos apretados y todos los nervios en tensión. El pistolero recibió el primer plomo en el vientre y el segundo en el cuello. Hizo un gesto extraño, girando sobre los tacones de sus botas, y se derrumbó sobre las tablas mientras lanzaba una bocanada de sangre.

Lane buscó entonces con los ojos a Forbes, sabiendo que éste habría puesto ya su revólver en línea de tiro y que sería muy difícil esquivar su balazo mortal. Pero Forbes no estaba ya junto a la barra.

Lane soltó una interjección.

Alguien había aparecido en la puerta, desafiando también a Forbes. En este momento un verdadero huracán de disparos se estaba cambiando entre el ex rural y la persona que estaba oculta a un lado de los batientes. El humo de la pólvora llenaba el saloon.

Lane hubiese podido matar a Forbes, que estaba distraído, pero no lo hizo porque nunca dispararía contra un hombre que no le estuviese mirando.

Estos escrúpulos de conciencia de Lane salvaron por el momento la vida a Forbes.

Cuando vio que sus dos compañeros estaban muertos y que Lane le apuntaba, se movió con una fantástica rapidez. Tanta rapidez que la bala de Lane llegó demasiado tarde. Cuando el plomo se incrustó, en la barra, Forbes había saltado ya ágilmente al otro lado de ésta y seguramente corría como un gato en dirección a la salida.

Lane cometió entonces una equivocación, creyendo que Forbes se dirigía a la puerta.

Corrió hacia allí, para cortarle la retirada, y demasiado tarde se dio cuenta de que Forbes había hecho todo lo contrario, corriendo agazapado por detrás de la barra hacia la parte trasera del saloon donde había una ventana tan pequeña que parecía increíble que a través de ella pudiera pasar un hombre.

Pero Forbes pasó.

Con una fantástica precisión de movimientos, se lanzó como una flecha contra la ventana, rompió los cristales con los brazos y la cabeza y pasó a través del hueco igual que una exhalación. Aunque Lane disparó otra vez, también fue demasiado tarde.

No se preocupó de perseguir al fugitivo porque era inútil, dada la rapidez de Forbes, y porque quería ver si aún era posible hacer algo por Stanley.

Pero éste estaba muerto.

La bala le había atravesado el cráneo de parte a parte, y lo único que se podía hacer por él era enterrarlo.

Lane guardó el revólver y miró hacia los batientes de la entrada, por donde en este momento entraba la persona que había estado sosteniendo el duelo con Forbes.

Sus ojos se empequeñecieron un poco al ver recortarse en el umbral la figura de Norma.

—Has estado loca… —balbució—. Desafiar a un pistolero como Forbes.

—Prometí que acabaría con él.

De pronto Norma se tambaleó. Dio un par de pasos vacilantes hacia el interior del saloon y cayó de bruces al suelo, manchándose casi con la sangre de Stanley.

Lane se arrodilló junto a ella y le levantó la cabeza, examinando su rostro y sus vestidos por si veía la huella de algún balazo.

Nada. Norma no estaba herida. Sólo algunos de sus cabellos aparecían como quemados e igual que si a través de ellos hubiera pasado algo rápido y caliente. Lane comprendió que la había rozado una bala y que eso había producido a la mujer una sensación de vértigo que al fin no pudo dominar, teniendo que caer a tierra.

Norma le miraba con ojos entrecerrados.

—Hasta el fin has querido ser la Esposa del Diablo —susurró él —. Parece como si estuvieses buscando el que te entierren en Dallas.

El dueño del saloon se acercó entonces, temblando todavía.

—Llévala al médico; él tendrá algo para reanimarla mejor que mis infectos licores. Y en cuanto a todos estos pistoleros muertos, ¿qué cuernos hago con ellos?

—Métalos en una botella de *whisky* —gruñó Lane.

Tomó en sus brazos a la todavía inanimada Norma y salió del saloon para dirigirse a la casa del mismo médico que estaba atendiendo a Kelly.

Al salir vio a tres hombres que le escrutaban fijamente desde los porches fronteros.

Eran Phil, Moley y el coronel Gallagher.

CAPÍTULO X

El hombre se acercó a la mesa donde Norma estaba sola, ante un mazo de cartas, y observó que ninguna huella se apreciaba en su rostro de la pelea a balazos sostenida por la mañana.

Norma se había puesto un vestido rojo y estallante, y por su escote provocativo surgía una rosa natural cuyos pétalos parecían temblar delicadamente a cada respiración de la dueña.

El hombre tomó asiento frente a Norma.

—¿Me permite jugar?

—Estoy aquí para eso, coronel Gallagher.

—Veo que tiene buena memoria.

—Será difícil que olvide a los hombres que ocuparon mis tierras y destruyeron mi casa, coronel.

—Claro, lo comprendo. Esas cosas no se olvidan, aunque la responsable de todas ellas sea únicamente la guerra. Por eso nosotros no hemos podido olvidar tampoco a la mujer que hizo enterrar a más de quinientos hombres de nuestro regimiento.

Norma sonrió con aquella sonrisa lejana y señorial sobre la que parecían resbalar todas las ofensas.

—¿Quiere jugar, coronel…, o amenazarme?

—El póquer es un juego de amenazas. Por cierto, ya he visto que Lane la llevaba muy cariñosamente al médico esta mañana. ¿Qué ocurre? ¿Ya se han prometido oficialmente?

—Yo detesto a Lane, coronel. No he podido evitar que me llevase en sus brazos al médico porque estaba desmayada, pero luego no he cruzado una sola palabra con él. Y él, dándose cuenta de que me molestaba, ha optado por desaparecer de mi vista.

—Muy discreto ese muchacho. Cartas.

Norma barajó, dejó que él cortara y luego repartió los naipes.

—¿Cuál es su puesta, coronel?

—Cinco mil dólares.

—Eso es mucho dinero.

—¿Es que no lo tiene?

—Yo sí. El que me sorprende que lo tenga es usted.

Gallagher rió sin ganas.

—Los coroneles retirados somos pobres, pero no tanto. Quedamos, entonces, en que van cinco mil dólares.

—Bien.

Gallagher abrió su cartera y extrajo cinco crujientes billetes de a mil que depositó sobre la mesa, junto a otros cinco billetes iguales que Norma acababa de sacar de su bolso.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que minutos antes alguien se había sentado a una mesa contigua, escuchando toda la conversación. Ese alguien era Lane a quien un sentimiento al que no quería dar nombre atraía junto a Norma. Encendió lentamente un cigarro y oyó como la muchacha decía a Gallagher:

—No ha mirado todavía sus cartas, coronel.

Gallagher las miró. Su expresión no varió en absoluto, así como tampoco la de Norma. Los dos tenían una auténtica «cara de póquer». Norma fue la primera en pujar.

—Mil dólares más, coronel.

—Yo dos mil.

—Muy seguro está de su juego.

—Lo estoy.

—En tal caso no le importará que pujemos hasta los diez mil dólares.

La frase fue dicha en voz lo bastante alta para ser oída en las mesas cercanas. Varios curiosos se acercaron a la mesa atraídos por la fuerte apuesta. Lane, sin moverse se mordió los labios pensando que Norma se había vuelto loca.

Los dos empujaron varios billetes más al centro de la mesa. El montón que había en ésta ascendió a veinte mil dólares.

Unas gotitas de sudor frío aparecieron en la frente de Gallagher, aunque hizo todo lo posible para disimular su emoción.

—Pujo cinco mil dólares más —dijo Norma.

—Pero… ¿los tiene?

—He ganado bastante desde que estoy en Dallas. Y ahora estoy

tan segura de mi juego que no vacilo en arriesgarlo todo. ¿Se atreve, coronel?

Gallagher extrajo de su cartera cinco mil dólares más y los depositó en el centro de la mesa.

Esperó a que Norma hiciera lo mismo. Creyó darse cuenta de que ella no tenía ningún dinero más.

—Su juego —exigió.

Norma dejó caer sus cartas sobre la mesa, mostrando un póquer de ases. Con un seco movimiento Gallagher le arrojó a la cara sus naipes, mientras intentaba sacar el revólver.

Se oyó una detonación y Gallagher crispó la mano derecha al sentir el choque de la bala entre sus dedos. Con ojos desorbitados vio que Norma acababa de sacar un pequeño revólver de su bolso, disparando con él. La rapidez de que hizo gala, digna de un pistolero profesional, dejó estupefacto al antiguo coronel nordista.

—Veo que ha aprendido muchas cosas —susurró mientras se apretaba la mano tinta en sangre—. A hacer trampas con los naipes y a manejar el revólver. Los cementerios están llenos de hombres y mujeres que creyeron llegar a viejos con esas dos cualidades.

—¿Es eso una amenaza, Gallagher? —preguntó fríamente Norma.

—De sobra sabe que está condenada a muerte.

—Muy bien. ¿Puedo empezar a reírme ahora o espero a que ejecute la sentencia?

Gallagher lanzó una maldición en voz baja.

—No llegará a ver el próximo amanecer.

Retrocediendo de espaldas hacia la puerta, salió del saloon sin dejar de apretarse la mano herida. Se daba cuenta de que en una larga temporada tendría que disparar siempre con la izquierda. Y con la izquierda no acertaría ni a un caballo situado a quince yardas.

Lane, que ya tenía sujeto el revólver por si era necesaria su intervención, lo colocó otra vez en la funda. Luego, sin que Norma se diera cuenta de su presencia, salió también del local.

Una honda arruga de preocupación se marcaba entre sus ojos.

Al salir al porche del saloon, Gallagher se dio cuenta de que un tiroteo hacía estremecer de lado a lado aquella zona de la calle. Instintivamente se pegó a la pared, alejándose unos pasos. El tiroteo

cesó tan rápidamente como había comenzado. Y con gran sorpresa vio entonces Gallagher que los que habían estado disparando eran sus ex oficiales Phil y Moley, los cuales, sin verle, se acercaban ahora con los revólveres humeantes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gallagher.

—Hace un momento estaba aquí Forbes y hemos intentado acabar con él. Pero se escurre como una serpiente.

—¿Y qué tenéis que ver vosotros con Forbes? Nadie os ha encargado matarle, que yo sepa.

—Forbes estaba mirando por una de las ventanas del saloon —explicó Phil—, mientras usted jugaba la partida con esa mujer. No sé por qué, ha tenido la sensación de que estaban hablando amigablemente, y ha jurado en voz alta que le mataría. Sólo ha faltado eso para que nosotros intentáramos rellenarle de plomo.

—Pero ¿ese tipo ha jurado que me mataría a mí? ¿Por qué? ¿Es que está loco?

—Está enamorado, que es mucho peor —dijo pensativamente Moley—. Los celos le comen, y en cuanto ve que alguien se acerca a Norma Len desea matarlo. Creo que deberá ir con mucho cuidado, coronel. ¿Qué ha sido esa herida?

—Producto de la «amistosa» conversación con esa arpía.

—Creo que hemos perdido ya demasiado tiempo con ella. Más de quinientos muertos están pidiendo su cabeza desde el otro mundo. Puesto que Lane no quiere cumplir las órdenes, acabaremos nosotros con ella.

—Y habrá que dar a Lane un buen escarmiento también.

Ninguno de los dos hombres contestó, pero se adivinaba que estaban pensando lo mismo que Gallagher.

—Cúrese esa mano —aconsejó Phil—. Ahí enfrente está el mismo médico que atiende a Kelly. No vaya más lejos porque ese loco de Forbes es capaz de tenderle cualquier celada.

Gallagher se alejó.

Cerca de la casa del médico, sentado en un porche, un viejo indio barnizaba arcos de flecha a la luz de un farol de petróleo. La calidad de aquellos arcos, seguramente trabajados por sus propias manos, era excelente. Gallagher los miró un instante, al pasar, y luego llamó pensativamente a la puerta del médico.

No se dio cuenta de que Forbes, oculto en uno de los tejados de

las casas fronteras, levantaba el revólver a su espalda.

La puerta de la casa del médico se abrió casi al instante, Gallagher entró y Forbes tuvo que detener en el último segundo el movimiento de su dedo índice que ya iba a cerrarse sobre el gatillo.

Gallagher nunca llegó a saber que aquella rapidez en abrirse la puerta le había salvado la vida.

Forbes lanzó una maldición en voz baja y esperó en el mismo sitio a que su nueva víctima saliera.

* * *

Phil gruñó:

—Ya has oído lo que ha dicho el coronel. Demasiado tiempo hemos perdido con esa mujer. Hay que terminar de una maldita vez este asunto y dar un buen escarmiento a Lane.

Fueron a penetrar en el saloon donde aún se encontraba Norma. En ese momento una voz, surgiendo desde las sombras, preguntó:

—¿Os atreveríais a disparar contra una mujer?

Los dos miraron en la misma dirección. Y entre las sombras del porche acertaron a distinguir confusamente la figura de Lane.

—No podíamos imaginar que estuvieses aquí —dijo Moley—. Pero eso nos ahorrará el trabajo de buscarte.

—Estaba en el saloon, sentado ante una mesa bastante oculta, y lo he visto todo.

—¿Has oído también lo que Gallagher decía?

—Sí.

—Pues eso nos ahorrará muchas explicaciones. Esto no es agradable para nadie, Lane, y menos para ti, pero te has mostrado demasiado blando con esa mujer. Pareces no haber comprendido que es tu honor lo que está en juego, y el honor de todos los que murieron por culpa de Norma Len.

—Tengo que repetir la misma pregunta que he hecho antes: ¿os atreveréis a disparar contra ella?

—Si lo desea puede contratar a dos pistoleros para que la defiendan. No nos oponemos a eso.

—Creo que ya ha encontrado a uno —dijo Lane.

—¿Quién?

—Yo.

En la semioscuridad del porche, Phil y Moley se miraron

fugazmente a los ojos.

—En ese caso no nos quedará más remedio que matarte a ti también, Lane.

—Podéis probarlo.

No hacía ningún gesto agresivo, como si esperara que ellos atacasen primero. Phil, antes de dar un solo paso en contra suya, se creyó en la obligación de preguntar:

—¿Por qué haces todo esto, Lane?

—Porque ella es inocente.

En ese momento los cercanos batientes del saloon oscilaron nuevamente y una voz dijo:

—¿Inocente yo? ¿Es que vas a creer que amo a los nordistas, Lane?

Los tres hombres se volvieron a un tiempo para ver palpitar en la noche el vestido rojo de Norma Len, aquel vestido que se movía como una llama.

—Aunque parezca mentira éste no es asunto suyo, Norma —dijo secamente Lane.

—¿Tú crees?

Moley gritó:

—¡Vamos, muchacho! ¡No podemos perder más tiempo!

Los dos a la vez se abalanzaron sobre Lane pensando deshacerle, a puñetazos antes de que pudiera sacar el revólver. Ninguno de los dos pensaba matarle, pero tampoco estaban dispuestos a tolerar que defendiera contra todos a aquella mujer. Moley atacó por la izquierda y Phil por la derecha. Un instante después, sin saber cómo, los dos habían rodado por las tablas del porche.

Len hizo crujir sus nudillos, que produjeron como un siniestro chasquido en la oscuridad.

—Esto es sólo un pequeño aviso. Si queréis que empecemos otra vez…

—Con mucho gusto —gruñó Phil.

Los dos se levantaron a un mismo tiempo y se lanzaron a la carga con renovado ímpetu. Esta vez su ataque fue más afortunado y lograron acorralar a Lane contra la pared del edificio, donde entre los dos le propinaron más de doce golpes en doce segundos. Pero Lane sólo esperaba a que se confiasen y abriesen del todo la guardia. Un cruzado de izquierda envió a Moley contra la baranda

del porche. Y un «jab» con la derecha hizo dar a Phil una vuelta completa sobre sí mismo antes de que se desplomase sobre las tablas.

Esta vez ninguno de los dos se levantó.

—Has hecho mal, Lane —advirtió Phil desde el suelo—. La próxima vez tendrán que hablar los revólveres.

—Lo lamentaría por vosotros.

Se volvió hacia Norma, que contemplaba atónita la escena, y dijo:

—Te acompañaré al hotel. Y será mejor que hagas tu equipaje para largarte de la ciudad. Me parece que estos aires no le sientan bien a tu belleza.

Ella, sin pronunciar palabra, le acompañó.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que la muerte les estaba acechando desde el otro lado de la calle.

Capítulo XI

Gallagher se encontraba en aquellos instantes en el consultorio del médico. El consultorio tenía una ventana por la que Gallagher se asomó sólo un instante, justo en el momento en que el médico iba a la habitación contigua. Vio a través de los cristales que Phil y Moley eran derribados y que Lane se alejaba de allí junto con Norma. Entonces Gallagher apretó los dientes y pensó que pronto habría dos muertos más en la ciudad.

Puesto que Lane se había empeñado en defender a aquella mujer, moriría con ella.

Había en el consultorio una pequeña puerta lateral por la que Gallagher salió a un porche que daba a un costado de la casa. Parecía como si lo hubiese hecho con intención para que desde allí no le viera Forbes. Empuñó el revólver con la mano izquierda y apuntó con él cuidadosamente, asomando solo una parte del cuerpo, a Lane y Norma.

En este momento Norma decía:

—¿Por qué te molestas en defenderme? ¿Crees que de este modo voy a cambiar de sentimientos?

—No pretendo que cambies.

—Lo sé. Eres demasiado orgulloso para pedir algo a una mujer. Prefieres arrebatárselo, ¿no es así? Como hiciste aquel día…

El recuerdo de aquel lejano momento en que Norma estuvo en sus brazos por primera vez hizo entrecerrar los ojos a Lane, deseando que ella no notara la emoción que sentía. Llegaron en este momento al centro de la calle bañada por la luz de la luna, a unas doce yardas de donde estaba oculto Gallagher. Norma se detuvo.

—¿Esperas que al fin yo termine sintiendo algo hacia ti? —preguntó directamente.

—Sé que nunca podrás sentirlo.

—Entonces, ¿por qué me defiendes?

—Por dos cosas: porque tú no eres la responsable de la muerte de todos aquellos hombres y porque a pesar de que tú me odies yo he llegado a quererte… ¿Para qué voy a repetirlo, si ya lo sabes? ¡He llegado a quererte de un modo que me ha hecho maldecir cien veces el condenado día en que nos vimos por primera vez!

—Esas frases son muy poco galantes, Lane.

—No pretendo que lo sean.

—Pero parece como si con ellas me estuvieras pidiendo algo.

—Yo no pido, sino que arrebato. Lo has dicho tú misma.

Ella le, miró a los ojos, sonriendo. Aquella sonrisa no era amistosa, sino que en ella palpitaba un desafío.

—Te besé una vez delante de docenas de esclavos —susurró él—. ¿Por qué no voy a besarte ahora en el centro de una calle y delante de docenas de hombres libres?

—¡No te atreverás, Lane!

—¿No?

Por primera vez ella parecía asustada. Movió la mano derecha queriendo golpearle. Ese golpe jamás llegó a su destino.

Lane la estrechó con fuerza entre sus brazos y la besó en el centro de la calle, delante de todos. Ella se resistió, le golpeó la espalda con los puños cerrados e intentó retirar el rostro. Luego aquellos puños se dulcificaron, las manos se abrieron para apretar la espalda de Lane y los labios de Norma, antes tan rebeldes, se plegaron a la caricia.

En ese momento, Gallagher levantó un poco más el revólver, apuntando a la pareja.

—Mejor —susurró—. Puede que con una sola bala se vayan los dos al infierno…

Pero su revólver era un «Colt» gran calibre de los que «brincan» en la mano al disparar. Los dedos de la izquierda de Gallagher no eran muy seguros. Pensó que, si fallaba el primer disparo y Lane tenía tiempo de volverse, quizá no le quedara tiempo para disparar por segunda vez.

Decidió acercarse más y asegurar completamente el tiro.

Salió del porche, caminando hacia el centro de la calle. Y en este momento Forbes, desde el tejado de la casa, tuvo que contener una

carcajada. ¡Todos sus enemigos se ponían a tiro en el centro de la calle! ¡Matarlos iba a ser tan fácil coipo balear a un caballo herido!

Decidió empezar por Gallagher porque era éste el que ya tenía el revólver en la mano y parecía más peligroso por el momento.

Desvió ligeramente el revólver y apretó el gatillo.

Justo en ese momento el médico asomaba por la ventana de su casa, extrañado al no hallar a Gallagher en el consultorio. Lo vio en la calle y gritó:

—¡Eh, oiga!

Bastó que Gallagher volviera un poco la cabeza, desviándose ligerísimamente, para que la bala lanzada por el revólver de Forbes le rozara tan sólo, clavándose en la columna del porche a unos cuantos pasos de él.

Gallagher lanzó una maldición, levantó la cabeza y vio en el tejado la figura de Forbes, que se había puesto en pie para disparar mejor y se disponía a apretar el gatillo otra vez.

Gallagher dio un salto de costado, como una liebre asustada, mientras hacía fuego. Fue inútil. Las balas disparadas por su inexperta mano izquierda ni siquiera asustaron a Forbes.

Lane vio lo que sucedía, dio un empujón a Norma para sacarla en lo posible de la línea de tiro y desenfundó su «Colt».

Pero, obsesionado por la presencia de la mujer, había reaccionado con un retraso de segundos.

Cuando quiso disparar, Forbes ya había hecho fuego otra vez, alcanzando a Gallagher en una pierna. Gallagher dio un salto casi grotesco, mientras lanzaba un grito inhumano, y cayó junto al viejo indio que pulía y barnizaba los arcos. Con una diabólica rapidez y con una precisión de movimientos que denotaba lo acostumbrado que estaba a manejar aquellas armas, Gallagher arrebató de las manos del viejo un arco y una flecha y tensó la cuerda en fracciones de segundo. Forbes, en el borde mismo del tejado, sintió deseos de lanzar una carcajada.

Tenía el revólver preparado. Y el plomo siempre es más rápido que una sencilla flecha india.

Lane hubiese podido intervenir en este momento, pero estaba asombrado. De repente muchas cosas que había sospechado, sin atreverse a concretarlas, se hacían realidad. De repente todo se hacía claro, lleno de luz… ¡De repente todo se hacía diabólicamente

claro!

Forbes fue a disparar.

Y la flecha disparada por un hombre herido, un hombre que apenas había tenido tiempo para apuntar… ¡la flecha disparada por un auténtico demonio fue a clavarse en el centro de su corazón!

Lanzando un aullido, Forbes soltó el revólver, dio dos pasos por el borde mismo del tejado, intentando desesperadamente arrancarse la flecha, y cayó en medio de la calle con la punta clavada en el centro del corazón. Cuando su cuerpo quedó marcado en el polvo, Forbes estaba ya muerto.

Lane guardó otra vez su revólver en la funda, mientras se acercaba lentamente a Gallagher.

—Buen tirador de flechas, Gallagher… —susurró—. Le felicito.

El ex coronel, sin poder moverse con libertad a causa de su pierna herida, buscó con manos febriles otra flecha para colocarla en el arco.

—¡No te acerques así, Lañe! —gritó Norma—. ¡Ese hombre está dispuesto a matar!

Pero Lane siguió avanzando paso a paso, lentamente, con las manos vacías y mirando fijamente a Gallagher.

—Demasiado extraño era que nuestro regimiento se dejase sorprender tantas veces… —dijo mientras avanzaba—. La única explicación es que usted, el coronel, seguía escrupulosamente los planes que antes había trasladado al enemigo en la caña de una flecha… También era demasiado extraño que tuviese veinte mil dólares para jugárselos en una sola noche, Gallagher. Y su satánico interés porque Norma fuese eliminada. Muerta ella, ya nadie volvería a preocuparse de aquel asunto y sus traiciones, coronel, quedarían impunes… Vamos, prepare pronto esa flecha…

Gallagher la había encontrado. Con manos febriles la colocaba ya en el arco.

—¡Tírate al suelo, Lane! —gritó desesperadamente Norma—. ¡Al suelo!

Como excelente tiradora de arco sabía que Gallagher, no pudiendo ponerse en pie, difícilmente haría blanco contra un hombre que diese vueltas por el suelo.

Pero Lane siguió avanzando. Sus ojos grises brillaban. Su helada sonrisa parecía desafiar a la misma muerte…

Gallagher tensó el arco. Iba a disparar…

Y en aquel momento resonó la sarta de disparos ante sus ojos.

Gallagher recibió plomo en el pecho, la cintura y el centro de la cabeza. A cada nuevo impacto se estremecía como si estuviese bailando una danza terrible y macabra. Cuando la primera bala le atravesó la cabeza, lanzó un grito gutural y cayó de bruces sobre el polvo, quedando inmóvil allí.

Phil y Moley, desde el porche opuesto, donde habían hecho los disparos, guardaron sus revólveres humeantes. Luego se cuadraron para saludar militarmente.

—Gracias…, amigos —susurró Lane, quien no había hecho aún ademán de tocar el revólver.

—Perdona, Lañe —dijo Phil—. Y felicidades…

Caminó junto con Moley hasta el amarradero donde estaban sus caballos y se volvió a tiempo de ver cómo Norma lloraba sobre el pecho de Lane.

—Todo vale la pena por una mujer así… —dijo pensativamente —, aunque en su tiempo fuese una sudista. Vamos, muchacho. En Washington hay todavía mucho trabajo por hacer.

FIN